





	Página
Índice .....	3
<b>Prólogo .....</b>	<b>7</b>
<b>Introducción .....</b>	<b>11</b>
<b>Sección 1. En corto (y no tanto) .....</b>	<b>13</b>
1.1 Bajo la tierra .....	13
1.2 Ratas aquí .....	16
1.3 Mejor que otros .....	18
1.4 Rojo .....	20
1.5 Caso <i>Fanta</i> de naranja .....	22
1.6 <i>Memento mori</i> .....	23
1.7 El pacto .....	25
1.8 Inocencia derretida .....	29
1.9 \$&%ches Coco .....	31
1.10 El dromedario .....	34
1.11 Rayitas espaciales .....	36
1.12 El mar .....	40
1.13 El reino bajo el agua .....	42
<b>Sección 2. Haiku .....</b>	<b>53</b>
2.1 Brandon Julien Celaya Torres .....	53
2.2 María Fernanda Santos .....	53

---

2.3 Raúl Poli .....	54
2.4 Gisela Anahí Lima Castillo .....	54
2.5 Andrea Salas Navarro .....	55
<b>Sección 3. Con premio .....</b>	<b>57</b>
3.1 Noción absolutista .....	57
3.2 El trago intangible .....	58
3.3 La playa del violín .....	79
<b>Sección 4. Juglares .....</b>	<b>85</b>
4.1 De unos ojos .....	85
4.2 Abrazame entre tus brazos .....	86
4.3 Laguna .....	87

## **Créditos**

## **Aviso legal**





## Prólogo

*“Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo”.*

**Ludwig Wittgenstein**

Las palabras interpretan lo que nos rodea. Las palabras son herramientas que nos ayudan a definir, simplificar, precisar, unir, vincular, alentar y sanar. Aunque también pueden destruir, separar, alejar o dañar. Las palabras son capaces de precisar lo intangible e incluso de crear mundos, realidades.

El poder del lenguaje es impresionante e inmenso. Cuando utilizamos estas o aquellas palabras, estamos abriendo las cajas emocionales de las que estamos hechos porque afectan directamente al tipo de experiencia que crean. Aunque sea de manera limitada, las palabras nos ayudan a expresar lo que habita en nuestro corazón, en nuestra mente, lo etéreo, lo onírico, lo fantástico, lo imaginable y hasta lo inimaginable.

Por tanto, las palabras no solo sirven para mencionar al mundo, nombrar una cosa u otra, también sirven para expresarnos a nosotros mismos. Son útiles para compartir los misterios de nuestro interior, los sueños, anhelos, realidades y emociones que experimentamos día a día. Pedro Salinas, escritor español, afirmó que el lenguaje es el primero y último modo que se le da al hombre de tomar posesión de la realidad, de adueñarse del mundo e incluso de sí mismo.

*Asonante* es un espacio para las palabras. Es un lugar para coincidir y discrepar, para exponer y compartir a través del lenguaje. Conocer puntos de vista, realidades, fantasías. *Asonante* abre una posibilidad a la comunicación, al diálogo interno y a la construcción conjunta a través de la palabra, de reflexiones que nos lleven a un mundo diferente.

Los alumnos que se expresan aquí, de alguna manera representan la voz de sus compañeros. Han sido seleccionados por sus habilidades, por lo que ya el simple hecho de haber llegado hasta aquí es un logro, por eso, los felicito.

A ustedes, los invito a disfrutar de este libro y a permitir que su mente divague por los mundos y realidades creados por sus compañeros.

*M. Ed. Violeta Morales Arzate*

*Directora del Departamento Académico de Español y Literatura*

*Escuela Preparatoria*









## Introducción

**A** *sonante* es una rima de escritos que quiere potenciar el valor expresivo y literario de quienes en ella aparecen para transmitir el discurso de una generación que indaga sobre ciertos temas que se repiten y hacen eco en los de sus compañeros.

**En corto (y uno no tanto)** es la sección dedicada a cuentos cortos, los más prolíficos el taller, con un cuento largo al final. **Haiku** reúne algunos poemas de ese estilo japonés de 17 sílabas, escrito en 3 versos de 5, 7 y 5 sílabas y que surgen a partir de la contemplación; hablan siempre sobre alguna estación del año pues, tradicionalmente, están ligados a la observación de la naturaleza y tratan de dar alguna enseñanza o reflexión profunda. **Con premio** tiene escritos que ganaron algún Concurso de Creación Literaria a nivel nacional (no dejes de estar al pendiente de este concurso anual). Cerramos con poesía en la sección **Juglares**, donde los alumnos dejan salir su lado más lírico.





## Sección 1. En corto (y no tanto)

### 1.1 Bajo la tierra

*Osberto González*

Cuando Pablo terminó sus dulces ya estaban fritas las tortillas en su casa. Se sorprendió al entrar, porque su hermana y su madre ya lo estaban esperando para comer. Sonia incluso ya estaba tejiendo las canastas que iba a vender el día siguiente, con hilos como de paja pintada, bonita, pero, quizá falsa. Pablo se ha dado cuenta de que hay clientes frecuentes de estas canastas tejidas. Antes pensaba que venían por canastas nuevas, en parte porque les gustaba adquirir artesanías a las personas que compran en Coyoacán, pero, ahora es de la idea de que les gustan las canastas porque son frágiles.

Él pudo sentir las burlas de su hermana porque había terminado de vender sus dulces primero. No pasa muy seguido y le molesta mucho cuando sucede, se siente menos, pero se acomoda de todas formas a su lado mientras teje con cuidado los frágiles colores de las canastas.

Su madre se acerca con el sartén de fierro que parece roca, indudablemente muy duro, muy caliente: indestructible. El paño de su cara hace saber que ella ya es inmune a ese calor. Los niños se acercan al sartén, se sirven y preparan con salsa su porción ganada a pulso. En el techo, se escuchan los pasos y el sonido que hace el agua cuando se azota desde la fuente. La madre los observa de pie. Desde donde está Pablo, parece que esa mujer sostiene el techo para que no se caiga, para que no lo tiren los de arriba y resista, al menos, hasta que terminen sus alimentos.

Pablo tiene urgencia por crecer pronto, siente impotencia por no poder acelerar ese proceso natural. Quiere ser lo suficien-

temente grande para cargar el techo mientras su madre come. Pero es pequeño y ni siquiera puede vender más rápido que su hermana. Llevándose otro bocado de chilaquiles a la boca, imagina que son sus lágrimas las que salen disparadas de los coyotes de la fuente. Ese pensamiento suele llegarle cuando se siente débil y no se lo puede quitar hasta que ha pasado el tiempo de un llanto promedio.

Al día siguiente, Pablo fue despertado por los ruidos de los pies matutinos y no por su madre, como sucedía siempre. Su hermana estaba terminando de desayunar y le molestó la idea de ella que saliera antes. Él había preparado su mercancía desde el día anterior, así que se vistió velozmente y se le adelantó. La salida de su hogar es un pequeño túnel que termina en un agujero escondido cerca de la iglesia, casi dentro de ella, pero fuera de todos modos.

Sonia esperó a que su hermano saliera y no le sorprendió que se le adelantara, de hecho, se sintió cómoda estando sola. Aprovechó para llorar silenciosamente con una de sus canastas en las manos y teniendo mucho cuidado de no romperla. Aunque no podía llorar sueltamente, sintió un verdadero alivio en su pecho por sus ahogados gritos que se dejaban caer entre las tímidas y pesadas lágrimas que salían de sus ojos. No pudo desahogarse completamente, porque Pablo regresó por el túnel con prisa y con mucho miedo en la mirada. Ahí abajo tenían que hablar así, con los ojos, y podían tener conversaciones de esta manera. “Peligro” decían sus pupilas claras y cristalizadas. Sonia dice guarda las cosas, apaga las velas. Vienen por nosotros.

No, no es como otras veces, ahora sí están cerca. Creo que me vieron de la iglesia, creo que me vieron también del otro lado de la calle. Creo que me vieron desde las ventanas. No sé de dónde no me vieron, pero ya entraron, los curiosos, los policías. Vienen

a quitarme lo que es nuestro Sonia, vienen a llevarte. Pero no te asustes, Sonia, tapé la entrada con tierra y rocas, van a pensar que este hoyo lo hizo un animal grande y extraño y se van a ir. Cuando vayan por ayuda nos escapamos. No te asustes Sonia, creo que no me vieron bien. Deben estar hablando de otro niño, uno que vieron después, y lo van a seguir lejos de aquí y nos van a dejar en paz. ¡Estamos juntos, Sonia!

Pero se escucharon más cerca los sonidos, los pasos y los susurros. Entraron pequeños hilos de luz que atravesaron los huecos en el muro.

Los ojos de Pablo lloraban de miedo, los de Sonia tenían lágrimas distintas. Ya no llores Pablo, yo estoy tranquila. Lloro por ti que quieres llorar por los dos. Mejor que ya nos encuentren. Que me encuentren y me cuiden ellos. Si nos quedamos, me vas a terminar odiando y mi madre también. Que me encuentren ellos y si no me dejas ir, si prefieres que me quede contigo, pues me quedo, pero que se lleven al niño que traigo, como si nunca hubiera estado aquí. Que se lo lleven y que no me conozca. Que me lo arranquen cuando no estés mirando.

Pablo no quería, pero entendió perfectamente la mirada de su hermana y no lo soportó. Derribó el muro de tierra con sus manos y dejó que se lo llevaran los coyotes, quienes lo encontraron rápidamente.



## 1.2 Ratas aquí

*Eduardo Jaramillo Diosdado*

**R**atas aquí, ratas allá, ratas por todas partes. Estos animales se la pasaban corriendo por todos lados, consumían todo a su paso, sin pensar, sin detenerse un solo momento. Todas ellas a excepción de una. No era la más rápida ni la más fuerte, pero a diferencia de sus compañeras, ella pensaba: ¿Esto es todo? ¿A esto estamos destinadas todas las ratas? ¿Vivir sin siquiera detenernos a agradecer por el pan que tenemos, por el queso que comemos?

El invierno se acercaba y esta pequeña rata sabía que si seguían comiendo como lo estaban haciendo sus demás compañeras, no alcanzaría la comida; sabía que si seguían engordando, no cabrían más en su guarida. Esta rata, esta pequeña y humilde rata, intentaba advertirles a todas. ¡Deténganse, no saben lo que están haciendo! ¿Son todas ustedes unas inconscientes? ¿Qué acaso no se dan cuenta de que nos estamos llevando a la ruina, a nuestra propia extinción? Pero nadie le hacía caso, las demás pensaban, “si me hace feliz ahora, ¿lo demás qué importa?” Cansada de la situación, nuestra querida y pequeña rata decidió marcharse, tenía miedo del exterior; como ustedes saben, el exterior no es lugar para una rata, pero ella no podía seguir viendo cómo sus hermanas se destruían, cómo su necesidad e ignorancia no les permitía ver más allá. Fue así como una mañana se marchó en busca de un futuro mejor, en busca de otras que, como ella, no solo pensarán en el hoy, en consumir, en la satisfacción momentánea.

Mientras tanto, el tiempo pasó, y como cada año el invierno llegó, pero esta vez ya no habría comida, ya no habría espacio suficiente. Ratas aquí, ratas allá, ratas por todas partes.





### 1.3 Mejor que otros

*María Fernanda Santos*

**H**ace frío, como siempre, no tiene caso mencionarlo, pero hace frío. ¿El calor? No lo extraño, me gusta usar grandes chamarras, gorros, guantes y una que otra bufanda de colores, como las de MAMÁ, de esas que le gusta tejer desde que está desempleada.

La búsqueda de trabajo la ha dejado agotada, la noto vacía, sé que no es por el empleo, pero, ¿qué le estará pasando? Sus ojos reflejan cada vez más su alma, la cual me perturba, ya que no hay luz en su mirada.

Un día, caminando por el bosque frío de siempre, siempre, decidí robarme la luz de algunos animales, una que otra flor, y tres especies de hongos que se atravesaron en mi camino. La luz, guardada en la caja de mi pecho, atravesó más de medio bosque, frío, frío, frío. MAMÁ dormía, así que me acerqué y dejé que esta luz se impregnara en ella. No pasó nada, no se movía... estaba muerta y ahora ninguna luz iba a traerla de vuelta.

Su cadáver, tan frío como el bosque, sensual estaba frente a mí. Imposible dejar pasar esta oportunidad, solo debía extender la mano, tomarla con firmeza y listo, habré jalado la cola del mono, seré el nuevo rey de la selva, o bueno, del bosque, mejor dicho. Todos me querrán y negaré todos los hechos sobre la muerte de MAMÁ y las 22 luces perdidas.

Sé que algunos seguirán queriéndome y otros tantos buscarán la forma de inculparme, lo volveré a negar. Querrán ponerme trampas, engatusarme, pero mi conciencia va más allá, más elevada, no es presunción, es el linaje. Aunque el ascender no significaba nada, nada podía significar algo si no se es consciente

de su valor. No lo que dicen que vale... Ahora, lo que no vale de repente valió la pena. La muerte de la Mujer Anarquista Más Ágil, o MAMÁ, como le gustaba que le dijeran, simplemente me hizo ser mejor que otros, me hizo ser.



## 1.4 Rojo

*Gisela Anahí Lima Castillo*

Le sudaban las manos, le temblaban los dientes y su corazón latía fuertemente. Se acomodó el cuello de la camisa y tragó saliva. El nervio de siempre, parálisis, sudor, cohetes rojos, ¿por qué tanta inseguridad? Pero no podía, le causaba pánico meter los dedos, esperaba que las contracciones de su cuerpo no lo traicionaran porque no quería llenarse los dedos de mole y contaminar el platillo con su sudor.

El restaurante tenía su propio criadero de gallinas y los pobres animales ya conocían su destino. Afuera, la gallina más vieja no dejaba de cacarear, veía desde la ventana de la cocina cómo su hijo favorito era rellenado con pipián, cebolla y mole verde. La imagen era perturbadora, pero parecía que aquel hombre que sostenía a su hijo sufría más por lo que estaba a punto de suceder.

Preparó todos los utensilios que necesitaba para no fallar esta vez. Pasó el cuchillo por el afilador eléctrico muchas veces. Después, agarró el manjar que tenía sobre la mesa con la intención de llevarlo a la barra de cortar. Caminaba con las piernas muy abiertas, como lo hacían los “machos”, intentando dar una imagen de seguridad ante su jefe. Pero los nervios ponían sus piernas muy temblorosas, y al momento de cargar el pollo se le salió todo el relleno.

—¡Maldita sea, inútil! Tardé horas en rellenarlo— le dijo su jefe.

Llegó a la tabla de cortar y agarró el cuchillo. Con un movimiento rápido dio el primer corte y la tabla se manchó de un charco color rojo. Al parecer, el sudor de las manos había resbalado el cuchillo y apuntado a su mano. El mole verde se tornó rojo.



## 1.5 Caso *Fanta* de naranja

*Ana Karen de la Torre Villalobos*

**M**ire detective, ayer mandé a Xóchitl por un litro de *Fanta* de naranja y lleva más de veinticuatro horas sin aparecer. La última vez que se la tragó la tierra tardamos tres días en sacarla, por eso de que uno tiene que escarbar con las pestañas, la madre naturaleza es una mujer exigente y muy celosa de sus hermanas. Uno ya no puede usar palas para enterrar a sus muertos, en cambio a las mujeres con solo recargarlas la tierra las absorbe y crecen flores.

Traía un huipil rosa mexicano y el cabello suelto, iba llorando porque acababa de dispararle al niño. Es que ayer mi hijo se cayó al pozo y cuando mandé a mis otros tres hijos por cuerda se los robaron unos cristeros. No quise pedirle a mi señor que empuñara un arma, reviviría sus años de guerra cuando trepaba la gran melena de chivo cola de pez y patas de ciempiés, se excitaría entre el calor del arma y la fría piel de los cadáveres. Por eso mandé a Xóchitl a darle paz al niño, si mi esposo no se entera puedo solo sentar cuatro cactus a la mesa y no notará la diferencia.

Ayer me la encontré colgada de su pierna, más tarde me la encontré colgada del cuello.



## 1.6 *Memento mori*

*Valeria Rico Torres*

**E**ntonces un ejército de mujeres desnudas hizo un círculo alrededor y comenzó a decir su nombre. La cara de su madre, en cada una de ellas, le hizo recordar la noche anterior a su muerte. Estaba en la silla en el porche al norte de la casa, viendo como se movían los árboles con el viento y ahí entendió que la naturaleza tenía un ritmo, una razón y relaciones invisibles. Así que, al contrario de lo que decían sus doctores, las heridas en su cuerpo no eran por odio o locura, sino que con espinas de plantas que no veía de noche, la vida le recordaba su mortalidad.

Cuando vio las caras de todas esas mujeres llegando a mirarlo, a gritarle con odio y luego a amontonarse frente a él como clones infinitos, se devolvió al cuarto principal con su madre gritando mientras se retorció en la alfombra. Las espinas gigantes de las rosas del jardín habían rodeado sus muñecas para hacerla sangrar de rojo como los pétalos, de rojo como sus ojos, de rojo como el jardín.

Al centro de ese ritual macabro, una planta que crecía invocó en dos dimensiones a sus ancestros desconocidos que desde su interior se proyectaban como la genética de la que no puede escapar, de las voces, de la deformidad, de la sexualidad y de los tatuajes.

Cuando despierta está en cualquier lado, pero siempre rodeando y siendo rodeado por la memoria de la muerte.





## 1.7 El pacto

*Jesús Eduardo Alvarado Lozano*

Cuando comenzó el invierno, la semana pasada, me puse muy triste, mi vida no ha sido la mejor o la que yo hubiera deseado, siempre me pasan cosas malas, de las que luego me arrepiento. Normalmente no me quejo, siempre me guardo esa clase de cosas. Con mi familia es difícil hablar porque ellos piensan que soy feliz, piensan que no es necesario hablar de cómo me siento. Pero es mentira, sí que necesito hablar con alguien de lo que me pasa, o al menos, lo necesitaba, pero ahora ya encontré una solución mejor: el suicidio. Sí, si la vida ha sido tan mala conmigo no veo porqué seguir aquí.

Después de una larga semana pensando lo he decidido, este es el puente más grande de la ciudad, y vaya que estuve esta semana investigando cuál sería la mejor opción. He tomado una decisión y me vale un carajo lo que la gente pueda pensar. Cuando muera todo acabará, después de meditarlo mucho creo que tal vez algunas personas me lloren, como mi familia, pero es seguro que en unos días se les pasará y me olvidarán. Al final de cuentas, nadie me conoce, nadie me extrañará.

No sé porqué dudo aún en lanzarme, tal vez es por este puto frío que mis piernas se congelaron y no quieren hacerlo. Tal vez solo estoy esperando a alguien que me salve la vida, pero sé que eso no pasará. A nadie le importó, nada vale la pena. Pero si en algún momento esto que siento pudiera cambiar, ¿acaso hay otra salida? No lo creo, nunca me detuve a pensarlo bien, pero si es que existe otra salida, si hay algún motivo por el cuál vivir, solo quiero una señal. Solo espero que aparezca pronto o me lanzaré. Contaré hasta diez.

Bien, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. Nada, ¿en serio? Ocho. Bien, creo que lo haré. Nueve... ¿Qué es esto? ¿En serio? Está nevando, está nevando de verdad, nunca había pasado. Desde pequeño esperé este momento. Entonces, si esta es la señal supongo que le haré caso. A partir de ahora prometo darle una nueva oportunidad a la vida, solo una, sí en la primera semana del próximo invierno no ocurre nada, me suicidaré. Así es, vida, si me escuchas te una última oportunidad, un año, solo eso.

### *Invierno*

Transcurrió el invierno sin nada nuevo aparte de una nevada. El puto frío de siempre que se intensifica en enero junto con el regreso a clases. La prepa tampoco da nuevos motivos para hacerle caso a la vida, es fría y monocromática como el invierno. No esperaba que la vida me diera una razón tan pronto, tal vez será en primavera, después de todo el invierno siempre me ha parecido muy insignificante.

### *Primavera*

Ayer comenzó la primavera, lo noté porque los pájaros cantaban y las flores nos regalaban unos nuevos aromas y colores. Al menos esas fueron las palabras de mi profesora de orientación, ¿ella sabrá de mi pacto con la vida? No creo. Para mí, esta cosa de las flores solo trae alergias y unos insectos insoportables. Todo es una mierda, siempre es pura mierda. No creo que la vida me dé razones para vivir acercando a insectos que me pican. Eso sería una locura.

Ya pronto acabará la primera y también la escuela, se supone que debo de entrar a la universidad en agosto. Si la vida me piensa dar algo para seguir vivo supongo que no le costará trabajo darme un lugar en un instituto, aunque sea el más simple.

*Verano*

La primavera no trajo nada nuevo, es la oportunidad del verano, siempre lo odié por eso del calor, prefiero el frío para quedarme en casa sin pretextos, pero mi mamá dice que debo salir a convivir con los amigos que ella piensa que tengo.

La vida no me dio un lugar para estudiar después de la prepa, pero mi mamá dice que ya habrá otro momento, ¿por qué se tomará las cosas tan en calma? Nunca la comprenderé, pero creo que la vida habló con ella de mi pacto porque hoy en el desayuno me dijo que tengo que darme una oportunidad por ser más feliz. Tal vez lo dijo en realidad por la cara que traía, aunque creo que tiene razón, si le quiero dar una oportunidad a la vida supongo que tengo que poner algo de mi parte.

En fin, hoy salí al centro comercial a ver qué pasa. Estoy como siempre solo, pues los pocos tipos a los que puedo llamar amigos son unos inadaptados igual que yo. Veo pasar a muchas personas por enfrente de la fuente en la que estoy sentado y de repente la vi: Diana, esa dulce chica que iba junto conmigo a la prepa me sonrió, no sé si se trate de una señal, pero decidí acercarme a ella.

Es la cuarta cita con Diana y creo que empiezo a sentir algo más por ella, no quiero hacerme ilusiones, pero creo que ya olvidé lo del suicidio. El verano es lo mejor. Hoy iremos a comer al parque con sus amigas, supongo que será una de esas escenas donde las personas son felices. Supongo que soy feliz.

*Otoño*

Ahora pienso que la vida sí me escuchó, que me está dando más de una razón para vivir, que lo del suicidio ya es cosa del pasado.

Estoy en la banqueta de afuera de la casa de Diana, veo cómo las hojas de los árboles caen de unos colores hermosos, sé que esas hojas significan un cambio, que el árbol está cambiando. Por algún raro motivo siento que me identifico con ese árbol, hace unos meses estaba pensando en tirarme por un puente y ahora estoy feliz con el amor de mi vida.

El viento se lleva las hojas, el viento se ha llevado mis ganas de morir.

### *La última semana*

Esta es la última semana para cumplir el pacto. La realidad es que ese pacto se cumplió en verano con Diana.

La vida es una mierda, me engañó por todos estos meses, se burló de mí en mi cara. Ayer estaba afuera de la casa de Diana, por alguna razón me acerqué a la puerta y escuché lo que hablaban. Sus padres le decían que soy un tipo sin futuro, le decían que no valgo la pena. ¿Y qué dijo ella? Qué me dejaría, que ya pronto entraría a la universidad y de olvidaría de mí.

La vida solo jugó conmigo, me hizo creer lo que no era y ahora ella perdió. El pacto acaba hoy y yo gano. La vida no me merece, lo que yo merezco es la muerte, es lo mejor.



## 1.8 Inocencia derretida

*Miguel Ramírez Pichardo*

Una fila de vestidos y pijamas avanzaban lentamente hacia los refugios. Los pasos llenaban los huecos dejados por el sonido lejano de la sirena, la complementaban, como pequeñas hormigas cuya marcha representa una sinfonía para el viento. Sonaban las explosiones, algunas en tierra y otras en los terrenos celestes. Los aviones caían y los caminantes ya ni se fijaban de cual bando pertenecían aquellas aves metálicas derrumbadas.

Los rostros infantiles miraban perdidamente el cielo, hace solo unas semanas sus miradas se encontrarían con el sutil acto de suicidio que realiza la nieve al caer sobre el piso. Pura, se derretiría sutilmente sobre la lana de los pequeños niños jugando alrededor de ella. Ahora la nieve está ahí, pero acompañado de la pesadez del aceite y el metal, contaminando así aquel immaculado recuerdo.

Una nueva bomba explota, esta vez muy cercana al refugio. ¿Habrá caído en la biblioteca, en la improvisada estación médica? Carecía de sentido, puesto que ahora aquel lugar será tan solo un recuerdo lejano estampado sobre nieve y azufre. Los adultos ya no se preocupan, al inicio parecía todo tan tonto, una crisis que pudo haberse solucionado con tres palabras: ¡Nosotros no atacamos!... Poco importaban ya ahora, atacaron unas islas que nosotros ni siquiera conocíamos su existencia, gente murió cuyos nombres para nosotros eran solo los de cualquier fantasma y nosotros éramos los culpables, por lo visto, siempre lo fuimos así.

Todos los niños extrañan jugar con la nieve, pero desconocen que jamás podrán volver a hacerlo, la negra nieve de ahora les es aterradora; y cuando todo esto acabe como empezó, sin sentido,

tomará un color rojo cobre en la cual solo será la melancolía y  
tristeza derritiéndose al caer sobre las aceras.



## 1.9 \$&%ches Coco

*María Teresa Ocádiz*

**E**scucho el sonido de una ambulancia, al inicio es lejano, pero poco a poco se va acercando. Tengo los ojos cerrados, hace unos minutos me acosté para por fin morirme, sin éxito alguno. Sigo sin abrir los ojos, pero comienzo a imaginarme la vida de la persona que va en la ambulancia, con la esperanza de que eso me ayude a dormir por siempre. La cabeza comienza a dolerme.

Un adolescente borracho, eso debe ser. Está en el baño y constantemente mira sobre su hombro, como cuidando que nadie pueda ver lo que está haciendo. En la mano derecha tiene gotas para los ojos y en la otra un frasco de insulina abierto. Tras mirar una última vez, comienza a verter las gotas en la insulina. Un sonido lo sobresalta, las gotas caen de su mano seguidas del frasco de insulina que se rompe en mil pesados. Sobresaltado, voltea ver al intruso. Un chihuahua blanco lo observa desde la puerta del baño, Coco, el perro de la familia; lo observa con la lengua de fuera. El borracho, de nombre Fernando, mira su plan destruido.

Cierra los puños con fuerza y sin pensarlo dos veces, se lanza sobre el perrito y con sus dos manos lo estrangula.

Fernando mira preocupado al perro que acaba de matar, sus padres estarán muy molestos con él cuando lleguen y si su plan de matarlos ya no se pudo llevar a cabo, Fernando está seguro de que el plan de sus padres de matarlo a él sí se consumará. Preocupado, comienza a buscar un lugar en el cual poner al perro. Es entonces cuando recuerda las cenizas de su abuela, que están sobre la chimenea de la sala en una caja en la que probablemente cabe un chihuahua. Camina rápido hasta ella con el perro aún en sus manos. Una vez ahí, lo acomoda cuidadosamente en uno de los si-

llones, tras eso, retira la tapa de las cenizas y analiza el contenido, su abuela ocupa demasiado espacio. Suspira y mira el techo.

—Perdón, abuelita. Sabes que te amo.

Toma la caja en sus manos y tira las cenizas en la chimenea, se pierden perfectamente. Comienza a pensar que probablemente él habría sido un muy buen nazi con la crueldad con la que ha tratado las cenizas de su abuela, pero no hay tiempo para arrepentimientos, no quiere morir, no aún. No por haber matado a pinches Coco. Rápidamente toma de nuevo al perro y lo mete en la caja y la cierra, la cola de Coco se asoma por uno de los lados. Tras pensarlo un segundo, le da la vuelta la caja y espera que a nadie se le ocurra girarla nunca. Estúpido perro.

Un coche se estaciona frente a la casa, Fernando mira a su alrededor con terror plasmado en el rostro, hay unas cuantas cenizas en el suelo, se agacha y comienza a soplarles para que se esparzan por la habitación. Escucha que las puertas del carro se abren y que gente baja. Entonces recuerda el baño y que las gotas y la insulina siguen tiradas. Corre en dirección al baño. Las puertas del coche se cierran. Ve la entrada del baño. La puerta de la casa se abre.

—¡Coco! Ya llegamos, mi amor— grita su madre. Fernando entra al baño y se resbala con el charco de gotas e insulina. Entonces se da cuenta de que es demasiado tarde, que sus padres lo matarán. Mientras cae, comienza a pensar en su vida y concluye que, a partir de ese momento, él será el adolescente del pasado, que murió tratando de matar a sus padres y lo peor, borracho. Se convertirá en el hombre del pasado.

Abro los ojos y la luz me ciega.

—¡Despertó! —grita un hombre vestido de blanco. Voy en



un coche en movimiento, la cabeza me duele y estoy sorprendido de no estar en mi cama.

—¡Fernando! —es mi madre— ¿Qué ha pasado? Llegamos a la casa y estabas tirado en el suelo del baño. ¡Con olor a alcohol! Y Coco no está por ningún lado, tu padre fue a reportarlo como desaparecido, mientras yo pierdo el tiempo yendo al hospital contigo.

Cierro de nuevo los ojos. Imaginar mi propia vida no es suficiente como para morirme. Pinches Coco, siempre robándose la atención.



## 1.10 El dromedario

*Elena Ramírez*

Los dromedarios son animales fascinantes. Viven en el desierto, como yo y mi familia, y almacenan agua y grasa al interior de su cuerpo, en jorobas tan grandes como dunas de arena. Esas jorobas les ayudan a sobrevivir y les evitan pasar penas. A veces pienso que también me gustaría tener una joroba sobre mi espalda.

El señor Darío, mi antiguo dueño, también era algo así. No era fascinante, ni vivía en el desierto, pero tenía una joroba enorme, y era también un almacén andante de grasa y agua. Por desgracia, más que ayudarlo a sobrevivir, esa joroba terminó má-tándolo. Infarto fulminante, o algo así dijeron. La verdad no me importó demasiado. Yo tenía una casa grande y cómoda, con una cama caliente, y la familia entera me adoraba. O eso decían.

Apenas murió el señor Darío, nos movimos a una casa más pequeña. Y apretada. Y vieja. Un nuevo hombre se integró a la familia pocos meses después. Era alérgico a mis pelos. Y, para no hacer larga la historia, así es como acabé en la jaula de una perrera.

Mi jaula es fría y estrecha, no tengo más que un trapo para echarme. Me dan de comer, cada que se acuerdan, y también aprovechan para llenarme el plato de agua. Hace calor aquí adentro, y demasiado frío en las noches. Un desierto, te digo. Un desierto de metal, cemento y perros como yo, abandonados, perdidos, o que simplemente nunca tuvieron un hogar.

Al Caracol, por ejemplo, le falta una pata, y es tan lento para todo que para platicar con él hay que tener una semana. Al Chorizo le sobran dos dientes, pero créeme, no te hará daño. Es el tipo más gracioso que yo me haya encontrado.

¡Ay! Y el Vinosolo. El nuevo nombre de moda entre los empleados de la perrera. Tenemos un Chilaquil, que básicamente es un chihuahua histérico, un Patatuerta, un Rocky, una Daisy, un Max y una Goldie. Pero el Vinosolo es un desastre.

Es un chiquillo de unos cuantos meses que llegó quién sabe cómo a las puertas de este infierno. Y no le para la boca. Aúlla aquí, llora acá, y le ladra y muerde a todo lo que encuentra, hasta a su propia cola. Y lo quiero, no creas que no. A veces siento que es como mi sobrino. Pero espero que lo adopten, sinceramente. Este no es lugar para un niño como él.

—Oiga, Don Dromedario, cuénteme el cuento de la salchicha otra vez— escucho la voz del perrito *beagle* en la jaula debajo de mí. —De cómo se la robó al señor gordo.

—Dile al Chilaquil que te cuente, niño— respondo, apoyo las patas sobre la cabeza, y me hago el dormido. El Vinosolo insiste, pero como no respondo, termina pidiéndoselo al Chilaquil. Y luego al Rocky y luego a la Goldie. La verdad, ninguno de nosotros está de ánimos para contar historias de salchichas. Al final, termina contándosela el Caracol.

Te dije, pues, que al Caracol le falta un ojo y, de paso, un cacho de seso. Te dije también, que al Vinosolo le hace falta que lo adopten. A mí me faltan dos cosas. Uno: una joroba. Porque tengo un hambre devastadora. Y dos: tiempo. Esta es mi última semana. Y no soy un cachorro.



## 1.11 Rayitas espaciales

*Haydée Tapia Sánchez*

• *Crash!* Se hubiera escuchado, si en el espacio se esparciera el sonido. Partes de piezas de la estación espacial flotaban por todos lados: un propulsor, el asiento del piloto, una barrita deshidratada de coco, un patito de hule, unos calzones del Hombre Araña, entre otros artefactos. Cuando la nave explotó, él se estaba bañando. Apenas le dio tiempo de ponerse el traje y poder aspirar, por lo menos un poquito de aire...

Estaba perdido en el abismo del agujero negro de su miseria. No estaba cerca ni lejos de su hogar. O al menos la definición del espacio-tiempo le era indistinto. Él era el último tigre astronauta que quedaba en la Vía Láctea, le entristecía sentirse solo, así que se quedó flotando por la inmensidad del espacio. No quería explorar y descubrir algún nuevo lugar, porque eso le haría extrañar su hogar. Tampoco quería quedarse estancado ahí, pero no tenía una motivación para moverse.

Hace mucho tiempo atrás había sido expulsado del planeta azul, pero era algo que apenas lograba recordar, porque su memoria lo había bloqueado. Era probable que su familia lo hubiera olvidado. ¿Qué sentido tenía regresar? ¿Qué ganaba con esforzarse por ir a su antigua casa? Nadie lo quería, nadie lo extrañaba o... ¿Por qué otra razón nunca lo fueron a buscar? Todo el tiempo se sentía solo y el único lugar donde le gustaba estar era aquella estación espacial. Se sentía especial e importante, los tigres más viejos (antes que se jubilaran) lo llamaban “el ingeniero rayas”, y cualquier falla que se encontraban, la consultaban con él. Pero ahora, por un descuido tan simple como meter las palomitas de polvo cósmico en un tazón de metal al microondas, se había quedado sin trabajo y refugio. Tantas metidas de pata en su vida y esta era la que más le pesaba.

El tiempo supuestamente pasaba, pero el tigre no hacía nada. Se quedó inmóvil por un largo rato, de repente vio el resplandor de la Vía Láctea y las estrellitas le parecieron hojuelas de maíz azucaradas. Entonces, recordó a Toño y los buenos tiempos que pasaron juntos. Como aquella vez, en la que jugaron fútbol con la Pulga o el día en que conocieron al Frijolito Hernández. La nostalgia lo invadió y casi se le escurre una lagrimita. Pero ese sentimiento desapareció, por la rabia que de pronto apareció, porque recordó que ese felino mentiroso le debía 30,000 tigras galácticas. Además, el muy descarado le había robado a la novia. Fue extraño, mas eso le dio un motivo para regresar al planeta azul y aclarar las cuentas con Toño.

Así fue como inició las maniobras para moverse. Primero movió una garrita, luego trató de mover una orejita. No quería moverse de más, porque eso lo impulsaría demasiado y saldría volando. Sin embargo, realizar movimientos tan suaves y lentos no estaba funcionando. Suplicando dijo:

—Vamos patita ¡Muéveme! ¡Por favor! ¡Grrr! — mas no se movió ni medio milímetro. Cerca de él flotaban los calzones del Hombre Araña, entonces pensó que, si lograba alcanzarlos, podría crear una resortera que lo impulsara fuera de aquel agujero. Solo a mordiscos pudo comenzar a desplazarse centímetro a centímetro... Cuando estuvo cerca de ellos, abrió un poco el casco, lanzó una última mordida y los atrapó con su boca... ¡Guácala! Eran los calzones sucios de la semana pasada. Orión, el viejo tigre que se jubiló ayer, había olvidado lavar la ropa interior antes de irse. Fue como haber comido una ensalada de huevo estelar echada a perder. Después del agrio, amargo y ácido sabor a azufre de los calzones sucios, su olfato murió y su nariz sufría cada vez que respiraba.

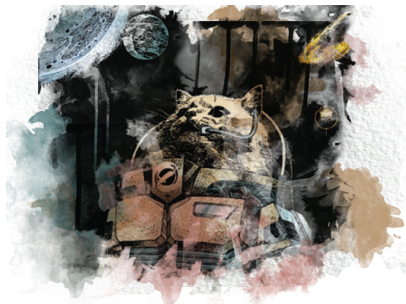
Aquella horrible experiencia no lo iba a detener, así que tomó el resorte y se lanzó hacia “el frente”. Salió más rápido que estrella fugaz, tal vez tan rápido como Supernova, su exnovia gorda, cuando se resbaló “accidentalmente” en un agujero de gusano el día que terminaron. ¡Ahhh, Supernova! Siempre apareciéndose en el peor de los momentos. Sin embargo, no era hora de lamentos, tenía que encontrar la forma de parar. Fue demasiada velocidad... ¡Otra vez, *crash!* Se hubiera escuchado, si en el espacio se esparciera el sonido.

Pobre tigre astronauta, ese movimiento hizo que chocara con la cabina y su panza se atascara. Hubiera deseado no comer esas hamburguesas con extra-queso lunar, esos *hot dogs* fugaces, papitas fritas interestelares y tanta comida galáctica rápida que se le atravesó en su vida. Sin embargo, ya no se podía hacer nada, estaba pagando el precio de su gordura. Además, su transmisor se había averiado y no tenía compostura, por lo que no podía llamar a la estación espacial de Andrómeda. Aunque se retorció, pataleó y golpeó, no logró desatorarse. Esperó unos minutos, tarareó una canción, meditó y llegó a la conclusión que necesitaba ayuda.

No tenía de otra, mas que esperar ahí hasta que Orión regresara a cobrar su pensión. ¿Cuándo? No lo sabía. El Sindicato Interestelar Galáctico no solía pagar con regularidad, debido a que el correo era muy lento, cuando se trataba de mandar dinero al Distrito Solar, ya que se encontraba a varios años luz de distancia de las oficinas centrales. Mientras esperaba, se puso a contar sus rayas: una rayita, dos rayitas, tres rayitas...

...Trescientas sesenta y nueve rayitas, trescientas setenta rayitas... Así siguió contando rayas hasta que se le acabaron. En total, contó alrededor de trescientas noventa y siete rayitas y Orión nunca llegó a su rescate. Cada raya que contó, lo hizo extrañar a su hogar y a su mamá, ya que había heredado sus abundantes

franjas negras. Sabía que era momento de regresar a casa, hacer una tregua con su pasado y el tiempo que estuviera ahí valdría la pena, porque pronto volvería a su anhelado planeta azul.



## 1.12 El mar

*Mariana González*

Las risas, las lágrimas, la tragedia, la desgracia y el encanto nunca se detienen, en ese lugar donde no existe el silencio, porque nunca está vacío. Aunque llegue a parecer solitario, nunca se está del todo solo. Las carcajadas de los turistas, los llantos de los niños que se meten al agua, el sonido que se hace al destapar una cerveza; cada uno de estos ruidos curan el corazón, especialmente ese que nadie más que el mismo mar sabe crear. ¿Cómo sentirse miserable en aquel lugar donde las olas rompen en la arena blanca, donde uno no puede esconderse del sol; de esa maravilla donde uno se embriaga de libertad?

No hay placer más agradable que sumergirse en los pensamientos de uno al mismo tiempo que en las aguas de ese dulce mar azul que es tan transparente que el alma puede ver. Sentir la brisa en cada célula, la sal llenando poco a poco ese vacío interno, la espuma seduciendo a no abandonarla jamás...

La tranquilidad se siente al ritmo de la marea. Los corazones laten como uno al compartir un momento como ese, tan único; ese instante en el que la luz empieza a cambiar y los colores se muestran sin más, de una tonalidad que, por más que se observe en cualquier lugar, no es la misma. Y, aunque las cosas se vean mal, esas burbujas de alrededor abrazan y dan vida, con una intensidad que nadie podría olvidar y, sobre todo, que ninguna fotografía jamás llegaría a capturar. Ni siquiera miles de palabras lo podrían explicar con claridad.





## 1.13 El reino bajo el agua

Rafael Efrén Campos Roa

**H**ace mucho tiempo, en un reino cuyo nombre ha sido olvidado por el tiempo y las guerras, existieron tres hermanos. El mayor, Richard, era mudo. El de en medio, Matthew, era cojo. El menor, Johan, era sordo. Vivían solos con su padre, pues su madre había muerto cuando el menor nació. El padre y el mayor eran leñadores, y el hermano mediano y el menor carpinteros.

Normalmente, los dos leñadores iban a diferentes lugares del bosque para conseguir distintas maderas para que los dos carpinteros hicieran diferentes trabajos.

Pero un día, un oficial llegó a su casa, prohibiéndoles entrar al bosque. Había varios casos de gente desapareciendo, entre ellos varios grupos de guardias.

—¡No podemos quedarnos aquí por siempre! — gritó el padre desesperado después de una semana sin entrar a cortar leña. —¡Si no conseguimos madera nos moriremos de hambre!

—Aún tenemos suficiente dinero para un mes, padre— respondió Matthew terminando de armar unas sillas. —No necesitamos vender nada por el momento— Richard hizo sonar una campana para que le prestaran atención.

—*Pero también necesitamos madera para calentarnos y hacer la comida, no podemos usar la madera que ustedes trabajan. Sería un desperdicio*— respondió el mudo con señas. —*Hoy que fui al pueblo había un guardia cada 5 calles. Las patrullas que han enviado deben de seguir perdidas.*

—¡Entonces está decidido! — vocifera el padre tomando su hacha. —Iré por leña, conozco este bosque como si fuera mi hogar.

—Pero padre— Matthew rezongó levantándose lentamente, apoyándose en su bastón. —¡No puedes! ¡No debes! ¿Qué pasa si un animal salvaje es el que está matando a tanta gente? — Richard volvió a tocar su campana.

—*No ha habido reportes de asesinatos, solo desapariciones.*

—¡Claro! ¡Porque el bosque es un lugar tan pequeño que no puedes esconderte en él y hacer lo que quieras! — respondió el cojo enojado.

—¡No está a discusión! — interviene el padre caminando a su hijo menor, que solo estaba observando a los otros hablar. — Johan— gesticuló el padre. —Tú estás a cargo, cuida que no se maten entre ellos ¿sí?

El menor negó con la cabeza.

—*¿Y si no vuelves? Estaban hablando muy rápido, no pude leer bien qué estaban diciendo, pero logré leer “animal” y Matthew tiene razón. Animal o un hombre loco, es peligroso entrar al bosque. Ni los guardias han podido contra lo que sea que está ahí—* respondió el menor mirando a su padre con preocupación.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr por ustedes, prometí a su madre cuidarlos de todo y de todos. No dejaré que, después de todo mi esfuerzo por mantenerlos con vida y enseñarles a comunicarse, se me vayan a morir de hambre—Johan suspiró y asintió.

—*Vé tranquilo, padre. Yo cuidaré de estos dos.*

Pasó el día, pero el padre no llegaba, los hermanos se quedaron toda la noche en vela, esperándolo, listos para ayudarlo a cargar la leña que hubiera traído. Llegó la mañana, su padre ya había durado todo un día fuera.

Richard tocó su campana y se levantó de la mesa del comedor.

—*Iré a buscar a padre*— declaró con señas.

Johan se levantó de un salto y se paró frente a la puerta.

—*Tenemos que ir a avisar a la guardia*— rezongó con el ceño fruncido.

—*¿A los que no han podido descubrir qué está pasando? Excelente plan, hermanito.*

—*No sabes a donde fue padre*— respondió el otro apretando los puños.

—*¿Crees que no me he aprendido la rutina? Ayer teníamos que ir al lago para encontrar madera de encino, conozco el camino perfectamente. Hazte a un lado*— Richard empujó a su hermano y abrió la puerta.

—*¡Y si no regresas?!—* gritó Matthew desde su silla. Pero no recibió respuesta, simplemente un portazo y los llantos de su hermano menor.

Pasó otro día. No había señales de ninguno de los dos.

—Johan— Matthew suspiró mientras le tocaba el hombro a su hermano para llamar su atención. —No puedo ir a buscarlos yo. Pero puedo ir al pueblo y avisar a los guardias y tú debes ir al bosque.

—*No podré escucharlos, tú lo sabes*— respondió el otro alarmado.

—Richard tenía razón, hace dos días debían ir al lago, es posible que sigan por ahí— Matthew suspiró y tomó de las manos a su hermano. —Sé que es peligroso ir, pero si no hacemos nada, moriremos de igual manera, ya no hay leña ni para trabajar ni para calentar, así que solo es cuestión de tiempo.

Ambos hermanos asienten y Johan ayuda a su hermano a levantarse.

Uno con bastón en mano y el otro con una bolsa con remedios naturales en el hombro salen a su camino.

Todo parece normal en el bosque, hay pájaros, ardillas, ciervos y demás. Nada fuera de lo ordinario, ni siquiera un rastro de sangre o huesos humanos, lo cual calmó al pobre hermano menor.

Alguna vez había ido con su padre al lago a pasar un rato agradable entre familia. Debía encontrar el gran pino seco y de ahí todo derecho hasta oler las moras y las fresas que crecen por ahí.

Por fin, olfateó el aroma de fresas casi listas para ser recogidas y corrió hacia ellas. Pero se horrorizó al ver lo que había dentro del lago.

Decenas de guardias, varios hombres del pueblo, entre ellos su padre y su hermano. Corrió hacia ellos e intentó sacarlos del agua, pero estaba tan fría que apenas metió su mano, sintió como se acalabraba por el cambio tan brusco de la temperatura. Era verano, no debía estar tan fría. De repente, los cuerpos se hicieron a un lado, creando un pasillo.

El muchacho levantó la vista y vio a una chica, hermosa, de pelo largo y sedoso, vestida con un ligero vestido blanco. Caminaba hacia él diciendo.

—*Venid a mi lago, quédate a mi lado. Olvida tus penurias, nada en mis aguas*— repetía eso una y otra vez, hasta que llegó a la orilla del lago. Lo miraba con tristeza, con su mano extendida.

—*¿Quién eres?* — gesticula el muchacho. —*¿Quién eres y qué le hiciste a mi padre y a mi hermano?!*— la chica lo miró sorprendida y llena de dicha, empezó a saltar y a gritar. Lo abrazó tan fuerte que Johan pensó que lo quería matar de un estrujón.

La chica se separó y empezó a mover la boca tan rápido que el pobre no podía entender palabra.

—¡Cállate, niña estúpida! — grita una voz que incluso Johan logra escuchar, sobresaltándolo. —¡Él es sordo! — la chica voltea al lago, horrorizada. Johan le sigue la mirada y ve a una mujer un poco entrada en años surgir del lago, su porte elegante y sus ropas tan finas que parecía una reina.

—Johan, hijo de Frederick y Johanna— la mujer empieza a caminar hacia ellos con un andar elegante y lento sobre la superficie del lago. —Recuerdo cuando tu madre vino, rogando un milagro para embarazarse. Solo el mayor debía nacer, pero creo que ella no entendió la advertencia.

—¿A qué te refieres? — pregunta el muchacho sobresaltándose al escuchar su propia voz por primera vez, ronca por el desuso.

—Soy yo a quien le debes la vida, tú y tus dos hermanos— responde la mujer mirando con ternura casi maternal al chico. —Veo que has venido a salvar a Matthew ¿cierto?

—N-No.— responde el muchacho con miedo. —Él es Richard, él—

—¡Ah, claro! ¡El mudo! — la mujer ríe un poco y suspira. —¿De qué le sirve un cojo o un sordo a tu padre? Uno no podría cargar bien el hacha, y el otro no sabría si un árbol está a punto de caerle hasta el momento en que lo aplaste— la mujer ríe y suspira. —Pero veo que te ha dado buen uso, tus brazos son fuertes y te ves saludable. Imagino que ayudas en tu casa.

—¡Mi señora! — grita la muchacha desesperada. —La condición se ha cumplido, por favor, déjeme ir— la mirada de la señora se vuelve a endurecer mientras voltea lentamente a la chica.

—Johan, te presento a Pavetta, la princesa del reino vecino— el muchacho mira confundido a la princesa y luego a la mujer. —Ella sedujo a mi hija y permitió que la mataran.

—¡Yo no sabía que le harían eso a Ihade, ella...

—¡No te atrevas a nombrarla! — grita la mujer haciendo temblar las aguas. —¡Tu capricho mató a mi única hija! ¡Tu padre mató a mi esposo! ¡Me has dejado sin nada en este mundo!

—¡Tiene a su corte! ¡Tiene a sus damas de compañía y...

—¡Chiquilla idiota! ¿¡De veras crees que eso puede reemplazar a una familia?! ¡Que tu padre tenga su ejército de prostitutas escondidas de tu madre no significa que esa sea la regla! — las aguas del lago empeoraban con su humor, hasta que de repente, cesaron. Luego, miró a Johan y con un profundo y largo suspiro, sonríe con malicia. —Querido Johan ¿deseas ser un caballero andante?

—¿D-d-disculpe? — el joven pregunta espantado.

—Escucha princesa, mi maldición fue muy clara. “Un hombre tu canción ha de escuchar, sus impulsos deben superar y solo así te podrás salvar”— la princesa mira a Johan preocupada y asiente. —Este joven no la escuchó, pero tienes razón, supo que estabas diciendo así que “escuchó” tu canción, por así decirlo— la mujer sonríe y se mira las uñas. —Lamentablemente, la magia no funciona así, pero estoy dispuesta a romper tu maldición si este joven acepta morir.

La princesa mira a Johan, implorando con la mirada que acepte. Él ve a la mujer y luego a la chica.

—P-pero mis hermanos siempre están peleándose, sin mi que los esté mediando fracturará la familia y...

—Obviamente tú no tienes que decir que sí— responde la señora volteando a ver al chico con una sonrisa cínica. —Podemos hacer un trato, dejo a tu padre y a tu hermano ir, los tres serán curados de sus males y siempre habrá una buena cantidad de leña en la puerta de su casa, lista para ser trabajada o usada en la estufa, claro, debes dejar a esta chiquilla aquí.

—¿P-pero y su reino? — pregunta el muchacho preocupado. —Se quedará sin herederos y...

—Lo más probable es que sea conquistado dentro de unos meses, su padre es tan estúpido y caprichoso como ella lo es— la mujer hace flotar el cuerpo del padre y el hermano a la orilla. —Ellos siguen vivos, todos. Puedes salvarlos, solo deja que castigue a esta niña por su idiotez y vanidad.

—¡Yo la amaba! — grita la joven desesperada. —¡Yo la amaba, pero mi padre!

—¡No la defendiste! — grita la reina con furia. —¡No la salvaste de los guardias! ¡No la ayudaste a escapar! ¡Tuviste muchas oportunidades y por no querer perder tu riqueza y estatus no la salvaste! ¡La hirvieron hasta morir! — la reina cae de rodillas llorando. —Escuché sus gritos, su llanto, pero no pude hacer nada...— Johan mira a ambas mujeres y se acerca lentamente al lago.

—A-Acepto...— susurra encogiéndose de miedo al ver a la reina posar su odio en él. —P-pero pido una condición...

—Dila— respondió la reina de forma cortante mientras se levanta lentamente.

—Quítale sus males a mis hermanos— respondió el muchacho, intentando suprimir las lágrimas. —Maltrátame todo lo que



desees, pero deja sanos a mis hermanos y libres a todos los demás— suplicó poniéndose de rodillas y con su frente en el pasto. —Por favor.

Un silencio sepulcral inunda el bosque. La reina miraba con enojo y pena al chico, la muchacha intercambiando su mirada entre uno y otro.

—Muy bien. Trato hecho. Ahora, ven— responde la reina con desprecio. Johan se levanta lentamente y empieza a caminar a la orilla del lago.

—Princesa— dice mientras voltea a mirarla. —Sé buen monarca—

De repente, la reina sacó una daga y la clavó en el corazón del muchacho, haciendo gritar a la chica.

Una última lágrima cayó por el rostro del chico al lago y eso destruyó el hechizo, desapareciendo a ambos.

Después de un mes, la familia de Johan fue galardonada como una de las familias más heroicas del reino, ganándose fama y fortuna. Sus hermanos se curaron de sus males y vivieron felices. La memoria de Johan sigue viva por una estatua de oro que irguieron en su pueblo natal. Su familia, conmemorando su sacrificio, se mantiene unida, hasta este día.

La princesa Pavetta por otro lado, no llegó a ser reina. Al rechazar al príncipe de otro reino por la princesa de las aguas, una gran guerra se desató. La estupidez y falta de concentración de su padre, terminó en la derrota de su reino y su ejecución.

Antes de que pudieran saquear el castillo. Se abrió la tierra y un gran manantial empezó a llenar el valle donde el reino estaba asentado. Casi todos los habitantes, nobles y plebeyos, lograron

escapar, solo el rey y el príncipe del otro Reino murieron aplastados por las aguas.

Se dice que, si te acercas a ese lago, verás a un muchacho caminando por las calles bajo el agua o sobre la superficie de esta, acompañado de su reina. Otros afirman que escucharás a una princesa llorar y maldecir su suerte.

Si oyes al primero, puedes pedir que te cure algún mal, te conceda un deseo o te de algún consejo.

Si escuchas al segundo, puedes estar seguro de que algo estás haciendo mal y si no lo corriges, morirás en el lapso de un mes.

¿Me preguntas si es cierto? Bueno, solo diré que yo no podía escribir ni mi nombre.

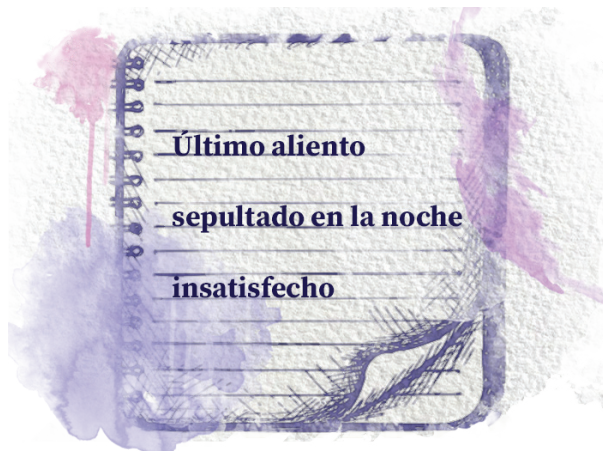






## Sección 2. Haiku

### 2.1 Brandon Julien Celaya Torres



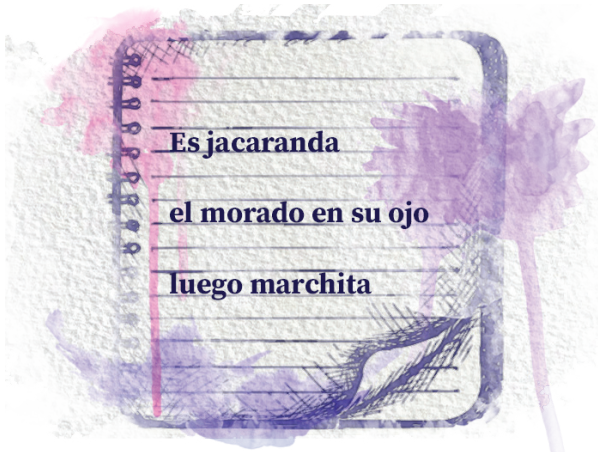
### 2.2 María Fernanda Santos



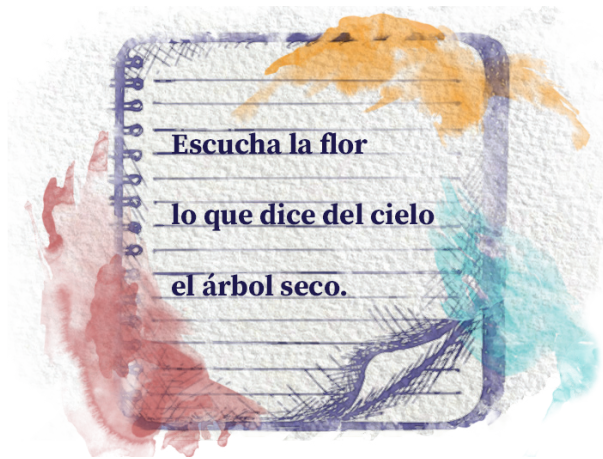
### 2.3 Raúl Poli



### 2.4 Gisela Anahí Lima Castillo



2.5 Andrea Salas Navarro







## Sección 3. Con premio

### 3.1 Noción absolutista

*Ximena Martínez Aranda*

**Primer lugar de preparatoria en la categoría de poesía en el XXXIII Concurso Nacional de Creación Literaria del Tecnológico de Monterrey.**

Su divina creación esotérica  
concibe exóticas sustancias. Viles,  
indulgentes, imparciales. Histórica  
búsqueda de lo eterno. Son opiles,  
penetración impenetrable. Sérica  
exégesis arraigada. Sutiles  
inserciones dogmáticas. Ignoran  
la majestuosidad, la desvaloran.



### 3.2 El trago intangible

*Zayd Rogelio Solís Cortés*

**Primer lugar de profesional en la categoría de cuento largo en el XXXIII Concurso Nacional de Creación Literaria del Tecnológico de Monterrey.**

**E**n el amanecer del 21 de octubre de 1974, en una taberna que no abría sus puertas hasta pasada la hora del almuerzo, un tarro de cerveza se elevaba en el aire inclinándose levemente hacia el banquillo, dejando caer al piso de madera un chorro del espumoso líquido, mientras flotaba como por arte de magia. Por la noche, alegres himnos sonarían entre los ebrios, evocando algunas de las más extrañas anécdotas sobre la maldita taberna y sus peculiares visitantes. ¡Se apagarán las luces, te hablarán los retretes, a estos demonios, es mejor que los respetes! Para los vivos, aquellas leyendas eran razón suficiente para helar la sangre y causar escalofríos, para Wilfred Rubio, era un desliz de aburrimiento.

Aquel día, Wilfred había pasado dos horas más de lo habitual sentado frente a la sucia barra, con la cabeza hundida bajo los hombros y una pierna sobre la otra. Desde su llegada a la subrealidad, hacía casi diez años, la rutina y los horarios no eran más que una memoria. Nada de trabajo, nada de amigos, nada de teatro y por supuesto, nada de iglesia. La amargura, el tedio y quizá un poco de morbo y hastío, eran los principales motores que lo impulsaban a visitar regularmente los sitios a los que solía ir con su querida Agnes: parques, museos, restaurantes, tabernas, hasta la casa de sus suegros. Todo con el fin de experimentar nuevamente un sentimiento. Uno bueno. Sin embargo, ellos lo habían abandonado para siempre.

La primera vez que se decidió a intentarlo, a profanar un lugar público y concurrido con su presencia, eligió como víctima a un pequeño restaurante del centro. Wilfred, novato e ignorante de las consecuencias, causó pánico entre los comensales al beberse una botella entera de vino de un solo sorbo. La multitud atónita observó la botella elevarse en el aire unos segundos y vaciarse por completo en vertical. Aves María, plegarias y llantos sacudieron el lugar. La gente corrió a las calles y los más valientes permanecieron para hacer frente al demonio que osaba aterrorizar a la clientela. Wilfred se puso en pie y huyó antes de que un crucifijo impactara su rostro, como una bala al humo. Oculto en la oscuridad de un húmedo callejón, entre ratas y cáscaras de fruta, dejó escapar un angustiado grito de desesperación. Comprendió su maldición, su eterna desdicha: existir en el mundo de los vivos, sin poder gozar uno solo de sus placeres. No importaba cuánto bebiese, jamás volvería a sentir el sabor de algo. Quizá fue por pecar en el pasado o por negar el diezmo. Jamás lo sabría. Pero eso no lo detuvo de visitar sitios que menudeaba en vida.

La perseverancia más tarde le enseñó que el efecto del alcohol quizá duerma las penas, pero la contemplación de una estantería de botellas vacías durante horas... indiscutiblemente las cura. Desde entonces, no había día en el que no asistiera a una taberna. En especial a aquella del centro en la que se encontraba en ese frío lunes de otoño. Ese lugar era su santuario.

Y aunque había convivido con seres como él, no dejaba de ser un hombre solitario. Detestaba la charla. El intercambio de información es útil cuando hay vida, o al menos eso creía. Sin ella, la conversación no tiene sentido alguno. En los últimos diez años, había platicado únicamente con una mujer cuya cabeza colgaba tras la nuca en un ángulo extraño y con un hombre que presumía un enorme agujero de bala entre las cejas. El aura fría y oscura que su presencia desprendía alejaba a los humanos

sensibles y a los gatos, apartándolo aún más del sonido de una voz. Sin uso, incluso una lengua incorpórea pierde la habilidad. Salvo por las veces en las que asustaba ebrios en los baños, no había vuelto a decir una sola palabra en años. Pero aquella mañana, todo fue diferente.

Una figura delgada y alta atravesó la pared de la fachada y avanzó a pasos lentos hacia la barra. Wilfred alzó la vista extrañado y observó al ente posando su trasero a dos bancos de distancia. La luz del sol comenzaba a filtrarse por la ventana y la campanilla del vendedor de periódicos tintineaba a lo lejos. El esbelto y recién llegado ser, observó una migaja de pan que reposaba en la madera y la deshizo entre sus manos, entonces le lanzó una mirada curiosa a Wilfred.

—No ha parado de nevar desde anoche. Si continúa así, en unas horas no habrá salida de este lugar. Odio la nieve— dijo con voz amigable. —Soy Rafael Mocanú.

Wilfred lo miró de soslayo y pintó una sonrisa de desprecio. Añoraba su soledad. Bebió un largo sorbo de su tarro, regando el líquido en el suelo, y observó a su acompañante que esperaba ansioso a su reacción. Lucía tan joven e inmaduro.

—Wilfred Rubio—contestó.

—Encantado —se apresuró a decir Rafael. —No me gusta meter mis narices donde no tienen cabida, sé por experiencia que hacer preguntas a desconocidos no suele ser buena idea, pero realmente me gustaría saber por qué haces... eso. Es decir, el suelo está hecho ríos, viejo. ¿Qué sentido tiene?

—¿Hacer qué? —gruñó el hombre. —¿Esto? —preguntó al mismo tiempo que dejaba caer la cerveza sobre su cabeza como lo haría un loco. Rafael frunció el ceño, observó al viejo sujeto

ponerse de pie y tras unos segundos de contemplación, soltó una carcajada.

—Pareces un tipo divertido. Lo haces deseando volver a sentir su sabor ¿Estoy en lo correcto?

—No— Wilfred caminó tras la barra y rellenoó el tarro hasta el tope. La espuma se desbordó por los lados.

—Cada uno tiene sus razones —dijo Rafael alzando los hombros. —Cuando llegué aquí—agregó—solía visitar los vestidores de mujeres a todas horas. Conocí muchos de sus secretos e incluso creí que lograba comprender su tan misteriosa naturaleza. Su comportamiento me intrigaba y me hacía pensar en lo distintas que son de los hombres. Pero la forma en que sus mentes funcionan. ¡Rayos! Fue como conocer al demonio mismo en los ojos de Dios. No es algo de lo que me sienta orgulloso, hice lo que cualquier chiquillo de catorce años haría si pudiera. No obstante, debo decir que la experiencia hubiera sido mucho mejor si al menos hubiera podido lograr una erección. Estar muerto apesta, viejo.

Wilfred no contestó. Caminó de nuevo a su lugar y observó la estantería frente a él.

—¿Sabes? —preguntó el joven levemente enfurecido. —Vengo desde muy lejos, caminé...floté...o como se llame eso que hacemos, durante horas, la nieve se acumuló en mis hombros y un par de ancianos divisaron mi figura y gritaron que era el diablo. A donde voy, soy invisible. No lo seré frente a alguien como yo. Quiero saber quién eres.

—Ya te he dicho mi nombre. Mi historia no es importante. No me hagas recordarla, si realmente deseas charlar, estoy dispuesto a escuchar la tuya. ¿Hace cuánto llegaste a este sitio?

—Llegué hace poco más de una década. Todo fue muy extraño al principio, cuando abrí los ojos, me encontraba entre una multitud que observaba algo en el suelo: mi cuerpo. Comprendí rápidamente lo que había pasado y, aunque sentí tristeza, mi ira era mayor. Subí a toda prisa al departamento por el que había caído, pero cuando entré, ya no había nadie. La partida había terminado.

Wilfred se mostró interesado.

Recuerdo perfectamente aquel septiembre húmedo en el que todo cambió; mi madre me llevó por vez primera al mercado del Solar, el paraíso del artista, la central de abastos imprescindible para todo prodigio del arte. Durante años, había escuchado cosas increíbles sobre ese lugar, anécdotas surreales que ni el mismo Héctor Bálsamo podría imaginar. Se decía que aquel mercado era único en el mundo y externo al mismo. En vida pude contemplar muchas bodegas atestadas de extraños productos; hacia solo unos meses antes de aquel día, el verano anterior, trabajé en la central portuaria descargando cajas de madera de los navíos que cruzaban el Atlántico. Cargaba con enormes jaulas de aves de exportación o animales de granja. Desde el mediodía, hasta que se ponía el sol, todo con tal de conseguir unas monedas para apoyar la economía del hogar. A veces jugaba ajedrez con los marineros. Era bastante bueno. Trabajaba por dinero, sin embargo, no estábamos en miseria, no. Pero hay que aclarar que el bolsillo de una pintora desconocida y sin prestigio rara vez está lleno. El nieto del dueño de aquel puerto estuvo a cargo de mí, accedió a emplearme a cambio de seis hierros al día. Sus órdenes me disponían a estar en contacto con estanterías, el calor del mar, y productos de cualquier tipo provenientes de las tierras más remotas. Clasificando, registrando y buscando objetos ilegales ocultos en los pliegues o las entrañas. Divisé de todo en esos días, desde ropajes finos cubiertos de oro, hasta ataúdes que habían pasado largas temporadas en el mar con los grumetes en descomposición

aún en su interior. Sabía de cosas raras, podría decirse que era todo un experto en la materia. Y, aun así, nunca había visto algo como el famoso mercado del Solar.

Wilfred tomó un sorbo de su cerveza y escuchó atentamente con la mirada perdida.

Me disponía a acompañar a mi madre a comprar una caja con los óleos más finos que se pudieran conseguir en el pueblo. Vivir a unos kilómetros del puerto en ocasiones representa una ventaja para los comerciantes más visionarios. El famoso pez gordo, nombre que los mortales del mundo del arte utilizaban para referirse al dueño del teatro Roseland Brooke, en la Main Scott, y mecenas de la élite musical del país, había pasado una temporada escarbando entre los talentos ocultos de Port Lake. Asesorado por miembros de la academia, brindó una oportunidad única para quien lograra impresionarlo. Tras largos y tediosos meses de agotadoras decepciones, una aguja en un pajar al fin había aparecido. ¡Lo que habíamos estado esperando durante toda la vida estaba sucediendo! El hombre se sintió tan conmovido por su arte, que le había hecho un encargo a mi madre. Se trataba de un retrato de más de dos metros de altura del escritor y compositor francés Ronald De la Croix al deprimente estilo barroco. Sin duda era el momento de brillar de mamá, su obra daría la bienvenida a actores y directores de todo el mundo acompañando al dibujo de la *Iliada* más famoso del pueblo, conocido por aparecer impreso en el billete local de menor valor. ¡Era la oportunidad de su vida! ¡No sabes lo feliz que estaba por ella! Mi madre recibiría una gran cantidad de dinero y el contacto necesario para conseguir un patrocinio con el que podría pagar la renta y vivir sin muchas preocupaciones durante un tiempo. Aquellos óleos que buscábamos en el mercado del Solar representaban el comienzo de un nuevo mundo para nosotros. Aquellos oleos, eran las llaves del paraíso.

Entre esa infinita cantidad de artículos extraños que mis ojos podían captar en el mercado del Solar, desde estanterías atestadas de pinceles de cabello de cebra, tinteros en pezuñas de búfalo y pinturas creadas a partir de corales marinos, algo a lo lejos atrajo mi mirada como si de un imán se tratase. Corrí a trompicones evitando enredar con los vestidos de las mujeres, y me vi postrado frente al puesto más llamativo de todos. Recuerdo bien cómo mis ojos y mi boca se expandieron por el asombro. Había lienzos de bambú, pinturas de esmeralda, marcos dorados cubiertos por rubíes, y pinceles de la marca Landlow que, como debes saber, no son ni más ni menos que aquellos con los que solía pintar Alberto D'angelo. Eso era como estar frente al cofre de un tesoro pirata. Todo parecía desprender un resplandor mágico. Mi experiencia en las bodegas me había enseñado a distinguir una buena mercancía de una despreciable o falsa, y aquella, viejo, aquella era la mejor de todas. Dejaba en ridículo al resto de los vendedores. Productos dignos de un museo. Desgraciadamente, el nombre del puesto no hacía alusión mínima a su grandiosidad. Al contrario, lo degradaba considerablemente. Aún así, "El arca de Pablo" era sin duda, el sitio que mi madre estaba buscando. La llamé conmovido, sintiendo las miradas furtivas de los demás vendedores enfocadas en mí, y ella se apresuró avergonzada. Jamás olvidaré lo que ocurrió a continuación. Al igual que yo, con un brillo en sus ojos y su boca entreabierta, dejó escapar un suspiro de excitación que terminó por agotar la energía de cada uno de sus músculos. ¡Ah, ojalá aquello hubiera sido auténtico!

—¿Qué sucedió? —preguntó Wilfred cada vez más interesado.

Un hombre calvo, vestido con un extravagante saco morado de felpa, asomó la cabeza de entre las cortinas de ceda y le dedicó una sonrisa a mi madre. Su cabeza desnuda brillaba como una esfera pulida, al igual que sus blancos dientes. Parecía un hombre carismático, amante de su labor.



—¿Puedo ayudarle en algo? — preguntó con voz dulce ignorando mi presencia. —¡Ah, veo que le gustan las esponjas de río! Excelentes para murales en pared lisa, también muy buenas para una ducha.

Mi madre soltó una carcajada. Ese raro sujeto parecía ver en ella la belleza que un hijo jamás debe ver en su progenitora. En segundos, un lazo se había formado entre ambos. El hombre, decidido a cortejarla como solo un artista sabe, con tono elegante y movimientos formales y teatrales, le mostró cada artículo de su inventario con una breve explicación de su origen, integrando a sus oraciones alguna que otra palabra en francés. Debo admitir que su acento le brindaba un toque místico y al mismo tiempo sensual. Mi madre escuchaba maravillada. La mujer llevaba ya mucho tiempo sola y el asombro en sus ojos reflejaban el vacío que la voz de un hombre galante podía llenar. Como es normal, mi desaprobación se manifestaba incluso en mi respiración. No es normal ver a una madre en el lugar de una colegiala en un banquete de ricachones. En ese momento, mi mente solo podía pensar en lo que mi padre diría si viera aquello. Estaría tan furioso que sin duda estrellaría su puño en la dentadura de ese hombre y después lo arrojaría al suelo para propinarle una fuerte patada entre las costillas. Al menos, eso era lo que deseaba que hiciera el padre que nunca conocí.

Recargué mi hombro sobre un poste, desviando la mirada hacia el resto de los locales, donde los ojos habían dejado de consumirme al fin. Esperé largos minutos, eternos, observando a una lagartija trepar por las vigas, hasta que la voz del hombre calvo se elevó acercándose más y más al mostrador de vidrio.

—Todo artista necesita uno de esos. ¿Qué...qué dice? ¿Jamás había oído hablar de ellos? ¡Bien, no se diga más, es suyo, lléveselo! Es un regalo del viejo Pablo Woodgate”.

Identifiqué rápidamente la infalible técnica que el vendedor utilizaba. Incluso pude prever con suma exactitud, lo que sucedería a continuación: mi madre aceptó el regalo del hombre y, a modo de agradecimiento, compró los óleos que buscaba sin regatear. Finalmente, así es, lo invitó a cenar a casa. Crucé los dedos con toda mi fuerza, y, aun así, escuché un sí por respuesta. Maldigo eternamente aquel instante.

—Solo se necesita un instante para echarlo todo a perder— agregó Wilfred bebiendo cerveza. —Por favor, continúa.

Nos apresuramos a tomar el camión. Cogimos un par de asientos en la penúltima fila y durante el trayecto me encontré observando con detenimiento las manos de mi madre. Eran lisas y se veían suaves, la exposición al frío y a todo tipo de sustancias que contienen las pinturas, habían convertido sus nudillos en arrugada piel de gallina. Su dedo anular izquierdo, menos bronceado que el resto, mostraba una casi imperceptible delgadez ahí donde debería llevar el anillo de matrimonio. Muy rara vez lo usaba, en ocasiones, llegué a pensar que lo hacía a modo de recordatorio...de algo oscuro. Aquellas eran sin duda las manos de alguien cuyo primer amor no fue un hombre, sino una musa. Jugueteeó con ellas durante todo el trayecto, frotándolas con nerviosismo y haciendo danzar a los pulgares con velocidad. Cuando llegamos al apartamento, mi madre me mandó a sacudir el polvo y trapear el piso. Ella se encargó de preparar la cena, descongelando un ave de la nevera. Al terminar, tomó una ducha, se perfumó con olor a canela y se vistió con un blusón floreado de color violeta. En cuanto a mí, me obligó a entrar en un ridículo traje azul que solía usar los domingos de comunión. Viejo, si conoces la historia de Pandora, entenderás lo peligrosa que es la esperanza: justo en ese instante, mientras contemplaba la limpieza de la casa, una fuerte tormenta inundó las calles del pueblo, el aire se llenó de estruendos y los relámpagos hicieron retumbar cada uno de

los cristales del hogar. Asomé por la ventana, viendo en mi reflejo una leve sonrisa de agradecimiento, y reí avivado. Estaba seguro de que el calvo Pablo Woodgate jamás llegaría con aquel diluvio. Aquello me llenaba de placer y regocijo. Mi vaga esperanza, la esperanza de un joven que cela a su madre, se estaba volviendo real. El olor a pavo y vegetales hervidos llegó hasta mi habitación y casi pude imaginar una muy agradable cena a solas con ella. Pero, ya sabes lo que dicen, algunas cosas son tan buenas que no pueden ser reales.

Justo en ese instante, en el instante en el que danzaba de alegría a escondidas, un golpeteo sacudió la puerta de entrada seguido del chillido del timbre. Mi madre se apresuró a la puerta y dio la bienvenida al reluciente vendedor, quien la saludó con un par de besos en la mejilla y uno más en la mano. Sacudió sus botas sobre el tapete, cerró su paraguas apoyándolo sobre la pared y arrastró al interior del departamento, una enorme y pesada maleta. Mi madre lo rodeó para quitarle el saco que cubría su espalda y llevó la maleta al interior de su recámara. Deben ser regalos para ella, pensé. Por primera vez desde su encuentro en el mercado del Solar, el hombre reparó en mi presencia y me hizo un ademán con la mano.

—Imagino que ese apuesto joven es su hijo, Señora Mocanú, puedo verlo en sus perfectas facciones. La simetría de su rostro es... ¡exacta! Si tuviera mis utensilios a la mano, podría comprobarlo con la distancia que tiene entre ojo y ojo. Me recuerda mucho a alguien. Luce inteligente, bastante inteligente. Debes ser, sin duda, un empedernido jugador de ajedrez— el viejo tenía razón.

Lentamente, se acercó a mí. Durante unos segundos, me observó desde las alturas.

—¿Tienes algún nombre? — preguntó severo, a lo que respondí con el mismo tono.

—Rafael R. Mocanú.

Mi madre se encontraba en la cocina sirviendo el puré de papa en un plato de porcelana. El hombre se paseó por la sala observando las pinturas que colgaban de la pared.

—Es usted una *artiste très talenteux*, señora Mocanú, muy talentosa.

La mujer sonrió apenada y cargó hacia la mesa una gran charola. Entonces nos llamó a cenar y cada uno tomó su asiento.

Es común escuchar historias acerca de artistas cuyo talento reside únicamente en la rama que han adoptado. Locos escritores incapaces de esculpir, o actores incapaces de amar. Ese no era el caso de mi madre. La mujer tenía una gama inmensa de talentos, pero aquel que reposaba en el peldaño inferior a la pintura, que a su vez era opacado por uno más poderoso, era el don para la cocina. Su sazón era exquisita, cada especia, cada grano de sal, se sumaba a la receta tan meticulosamente como una delicada pincelada. Por desgracia, la arrogancia era otro de sus talentos e ignorar mis advertencias, el mejor de todos.

—Parece que es aquí donde se pone interesante —comentó Wilfred. —Prosigue.

Permanecí en silencio durante toda la cena. Las risas y las alabanzas se alzaban como cantos en fiestas navideñas. Mientras intentaba atrapar un par de escurridizos chícharos con el tenedor, observé en la mano del hombre, que danzaba al ritmo de su voz, un brazalete dorado con un símbolo que mostraba las letras B y R. Lo había visto antes, pero el retumbar de los truenos y la

odiosa risa del calvo me impidieron recordar de qué se trataba. Desvíe la mirada hacia una gotera que caía del techo y olvidé por completo lo del brazalet. Me dediqué a escuchar la conversación deseando que acabara lo antes posible.

—Fue en La Ville Du Ciel en donde vi por primera vez una obra como esa, era solo un pequeñín. Mi padre trabajaba en una fábrica de telas que le vendía tapetes al mismísimo rey. Durante una entrega, tuve la oportunidad de conocer el palacio. Iluminado por un enorme candelabro, se encontraba aquella pintura. Era espléndida e intrigante. Ahí supe que mi destino era aportar algo al mundo de las artes. Más tarde comprendí que no sería creando una obra, sino proveyendo a quienes tuvieran el talento de hacerlo. Señora Mocanú— dijo el hombre— he visto la puerta a su estudio, debe haber ahí grandiosos trabajos. Le ruego me deje entrar”. Mi madre, enrojecida y temblorosa, accedió a llevar al hombre al interior de la habitación. Lo que sucedió después, quizá no sea tema de conversación, Wilfred.

—Continúa, te lo suplico —contestó el viejo con su cerveza.

Pablo Woodgate se paseó por la habitación haciendo como si juzgara los bocetos de mi madre, fingió analizar delicadamente los pequeños detalles y hasta pegó el rostro a un lienzo para contemplar las pinceladas. Al terminar, se giró con un salto e hizo una reverencia que concluyó con un par de aplausos.

—He quedado maravillado, por primera vez en mucho tiempo, me siento orgulloso de vivir en este pueblo. Ha revivido en mí una llama apagada hacía décadas. No puedo esperar a ver el retrato que se le ha encargado. Estoy seguro de que, hará historia. ¡Oh! ¡Pero mire qué horas son! Debo partir o no alcanzaré el camión de media noche. Ha sido un gusto acompañarlos, agradezco profundamente la cena, ha estado exquisita. *Au revoir.*

La tormenta caía con fuerza y mi madre insistió en que el hombre pasara la noche ahí. Accedí, tras un par de miradas furtivas, a cederle mi habitación y dormir en el sillón. El hombre aceptó y se acomodó en mi cama. Las luces del apartamento no tardaron en apagarse; tras un largo día de desprecio y actuación, no me tomó nada el quedarme dormido. Horas más tarde, despertado por un fuerte trueno, escuché un agitado golpeteo mezclado con el desagradable y húmedo sonido del sexo que venía de la habitación de mamá. En aquel momento...yo... no supe qué muerte desear más, si la suya...o la mía. Hui del apartamento corriendo por las inundadas calles. Me refugié de la lluvia en un callejón oscuro, y cuando cesó un poco, me dirigí a toda prisa a la Main Scott. Estaba dispuesto a descubrir la verdad en el teatro Roseland Brooke. ¡Ahora lo recordaba! Su símbolo era el mismo que el del brazalete de Pablo: R y B.

Me introduje al edificio por una puerta trasera que abrió con un leve puntapié; avanzando a tientas en la oscuridad del lugar, me encontré en un inmenso laberinto de camerinos y vestidores. El lugar apestaba a humedad, sudor y maquillaje, el piso estaba alfombrado y las paredes eran frías como el mármol. Más tarde, logré encontrar el escenario. Empujé el telón y vi el mar de butacas a mis narices. Por un segundo tuve la necesidad de hacer una cómica reverencia y lanzar besos al aire. Por primera vez en mi vida, viví lo que era ser artista. Era aterrador. Pegué un brinco y me apresuré a la estancia del teatro. Lo primero que vi frente a mí, fue aquel dibujo de *La Ilíada*. Casi caí de rodillas ante su belleza. Era hermoso, perfecto. Una placa hacía brillar el nombre de su autor: P. Lombard bajo el marco. El cadáver de Héctor, amoratado y bañado en sangre, siendo arrastrado por Aquiles frente a las puertas de Troya, se veía tan natural. La técnica era exquisita y los colores lograban transportar al observador a la escena misma. Pensé que debía ser la mejor obra del mundo.

A su izquierda, había un espacio vacío con un letrero que decía *Próximamente* que, desde una perspectiva realista, o cruel, llámala como quieras, me hizo cuestionar si mamá era realmente la indicada para pintar aquel retrato. Subí por unas escaleras hasta topar con una puerta cerrada. He hablado ya mucho de mi experiencia en el puerto, y creo que he omitido mencionar lo bien que se aprende a abrir cerraduras y candados para los hombres de las bodegas. Una vuelta por ahí y otra por allá, y la puerta estaba abierta. Había profanado la legendaria oficina del famoso pez gordo. El despacho oval del arte.

Wilfred dejó escapar una exclamación.

— ¿Te metiste a su oficina? —preguntó extasiado.

Hice más que eso. Revisé todos los archivos que en ella había. Encontré libretos, facturas, instructivos y una carpeta entera con los datos y las fotografías de los miembros del *Club Brooke*, un grupo selecto y clasificado de la élite del arte de Port Lake. En ella se encontraban tres conocidos de mí madre, estaba la famosa Laurelie Cecilia, escritora y periodista, y Jorge Marriots, el director de cine. Por último, en una fotografía añeja y arrugada, posaba sonriente y jovial, el detestable vendedor del mercado del Solar. Sentí repulsión ante aquella imagen. En la oscuridad del lugar, intenté escudriñar el texto esforzando de más la vista. A un costado de la fotografía, relucía un recuadro que citaba el nombre completo de aquel cerdo. Releí los datos y un vuelco en el pecho casi me tira de espaldas. Pablo Lombard, ¡era el famoso Pablo Lombard! La leyenda desaparecida hacía años. ¡El genio detrás del icónico dibujo de *La Ilíada* estaba vivo! ¡Y dormía en casa con mamá!

Doblé la hoja y la guardé en el bolsillo húmedo de mi pantalón temblando de emoción y frío. Mi mandíbula se sacudía como

castañuelas y mis dedos estaban entumecidos. Pensé en todo lo que podía hacer con aquella información en mi poder. Comencé a idear la mejor manera de chantajear al hombre para que me dejara tranquilo y se alejara de casa para siempre. Si la noticia alcanzaba al mundo de la prensa y el espectáculo, la fama lo asfixiaría nuevamente hasta el cuello. Es difícil actuar cuando todos los ojos te ven, pero en circunstancias como esas, viejo, es más difícil cagar. No tendría más opción que largarse. Escombré los papeles y las carpetas sin prestar atención, amontonándolos todos sobre el viejo pupitre. Abandoné la oficina y corrí escaleras abajo pintando un nuevo rastro de lodo. Tenía en el bolsillo la jugada maestra. Al salir, me vi rodeado de oficiales que apuntaban a mi cabeza. Una alarma había sido activada. Uno de ellos gritó: ¡Bajen las armas, es solo un niño! Me llevaron al interior de una patrulla y esperé en silencio a que registraran el lugar. Un policía le susurró algo a otro, y este, pálido, asomó la cabeza por la ventanilla del auto.

—¡Eh, niño! ¿Eres tú Rafael Mocanú? — asentí desconcertado. —No hay tiempo que perder.

—¡Rápido, emergencia en el lote 34! ¡Traigan más unidades!

—Pablo... ¿le hizo algo a tu madre? —preguntó Wilfred.

No te adelantes, viejo. Llegué a casa en minutos. Alguien había reportado gritos y ajeteo. La entrada al edificio estaba acordonada; nuestro departamento había ardido en llamas. Todo en el interior había sido consumido. Observé las ventanas manchadas de hollín y los restos de humo unirse al viento nocturno. Aquel desgraciado había hecho esto, no cabía duda. Escoltado por un par de oficiales y un bombero, entré a casa. Todo estaba destruido, los muebles eran polvo y las pinturas, cenizas. En la sala, reposaban tendidos los huesos de un humano. Al parecer,



el fuego había sido tan intenso, que no había quedado rastros ni de piel ni de cabello. El oficial a mi derecha, incitándome a ser fuerte, me hizo reconocer aquellos restos. Me acerqué en llanto e intenté buscar alguna pista. Vi los huesos amarillos y ensangrentados, con trozos de músculos aún intactos y tendones rotos como hilo. Entre más veía aquella tétrica imagen, más difícil era ocultar la verdad. No sé cómo, pero podía reconocer aquel esqueleto. En las falanges de la mano izquierda, se encontraba intacta la sortija de matrimonio de mi madre. Era ella, no había duda. Sentí un mareo tan fuerte, que el bombero tuvo que sostenerme durante unos minutos. El aire que respiraba, el olor que se impregnaba en mi nariz y que entraba en mis pulmones, era el de la dulce mujer que me había traído a este mundo, calcinada viva. Hacía solo un par de horas, era carne, ahora era olvido. Solo un depredador endemoniado hace eso con su presa. Los hombres me dejaron a solas para que pudiera desahogar la pena que me sofocaba. Lloré en el suelo largos minutos sintiendo mi garganta desgarrar. Debía encontrar a aquel cerdo, debía hacer justicia. Aún tenía en mi poder la verdadera identidad de Pablo. Corrí a mi habitación e intenté encender la luz, hasta que observé el derretido vidrio de la bombilla colgando del techo. Rebusqué entre las cenizas algún objeto que hubiera sobrevivido al incendio. Hasta que de pronto, algo se apoyó sobre mi hombro. Giré la mirada poco a poco, viendo bajo mis narices, un par de zapatos de cuero bien encerados, subí los ojos, recorriendo unas largas y delgadas piernas cubiertas de terciopelo y finalmente divisé el rostro. El diablo había venido a visitarme.

Wilfred soltó un grito de espanto.

—Eres un chico muy inteligente. Has olido el peligro y has huido de él antes de que te alcanzara. Tus instintos son los de un lobo. Por desgracia, ya sabes lo que dicen. No se puede evitar lo inevitable. Y heme aquí.

Me puse de pie y retrocedí unos pasos. No tenía miedo, estaba preparando mi ataque. Saqué la hoja de mi bolsillo y la alcé en el aire, el hombre pareció reconocerla al instante.

—¡No me toques, ni siquiera te atrevas a acercarte! Sé quién eres. Le diré a la prensa lo que has hecho, ¡te pudrirás en un calabozo!

Pablo me miró extasiado, estaba seguro de que intentaría arrebatarme la hoja de las manos. Jaque mate. Ese monstruo... ese cerdo, soltó una diabólica carcajada y las lágrimas escurrieron por sus mejillas.

—Rafael, Rafael, Rafael. Te gusta indagar. Y meter las narices donde no. Creo que es algo que llevas en las venas. Te felicito. Has descubierto que Pablo Lombard aún camina entre los vivos. ¡Y no solo eso! También que es un querido miembro del *Club Brooke*. Dime, pequeño detective, ¿sabes quién más es miembro de ese club? ¿Sabes por qué he desaparecido? Y más importante aún: ¿sabes cómo consiguió tu madre que se fijaran en ella para hacer el retrato? Así es, veo en tu cara que ya comprendiste, no me cansaré de decirlo, eres tremendamente inteligente. Ella también era parte del club. Y no solo eso. Ella y tu padre fueron los fundadores. ¡Ah, tu padre! Un gran hombre, el jefe de jefes, ¿eh? No hay artista que no haya besado sus pies alguna vez.

—¿De qué estás hablando? — pregunté.

—¿No me digas que nunca lo supiste, Sherlock? ¡Tu padre es el Grandísimo Pez Gordo! ¡El dueño del teatro Roseland Brooke! El mesías del arte, quien le encargó a tu madre el retrato de Ronald De La Croix. Eres hijo del sujeto más poderoso en este pueblo. Eres el heredero de toda una fortuna.

Aquella confesión no podía ser cierta, pero algo...algo en mi interior, quizá mi alma, quizá la genética, me decía que era verdad. Y en un instante, comprendí que siempre lo había sabido. El pez gordo era mi padre. Respiré profundamente al borde del desmayo.

—¡La has matado! ¡Lo has hecho todo por dinero! ¡Querías robarle el retrato de Ronald De La Croix a mi madre!

El hombre volvió a soltar una carcajada.

—Ah, Rafael. No eres tan buen detective como creía. Esos huesos en la sala no son de tu querida madre, no. Ella está más que viva ¡Ha sido la mente maestra detrás de todo! Piensa, muchacho, piensa. ¿Quién más podría llevar una sortija de matrimonio idéntica a la de tu madre? Ya sabes de quién hablo, lo sabes bien. ¡El cabrón la dejó por una cualquiera cuando tú aún estabas en el vientre! Pero, aunque se largó con otra mujer, jamás se olvidó de tu existencia. Prometió dejarte todo en cuanto muriera. Y ese tiempo ha llegado, yo mismo me encargué. ¡Esos huesos... son los restos de papi! ¡El Pez Gordo ha caído! ¿Es qué no viste la enorme maleta que traje antes de la cena? Ahora, firma este documento y te dejaré ir con vida. ¡Hazlo! ¡Tu madre espera en el aeropuerto!" El hombre me tendió una hoja. Era un contrato en el que lo acreditaba como dueño de toda la fortuna de mi padre— me tendió una hermosa pluma dorada y me miró ansioso. La cogí entre mis dedos. —Vamos, no me hagas esperar más. Ya han sido dieciocho años. Firma esa cosa y permite que tu madre cumpla su venganza ¡Apresúrate!

Estiré la mano, viendo en su mirada una descabellada locura, parecía un animal a punto de ser alimentado. Firmé al final del contrato, garabateé unas cuantas letras y finalmente, con un suspiro de melancolía y derrota, se lo devolví. Mi madre y su

amante habían arrasado con el tablero. El hombre se apresuró a coger la hoja y rió hacia los cielos, el triunfo brillaba en su rostro, sus pies comenzaron a brincar en una ridícula danza de felicidad y su saco púrpura se sacudió como las faldas de una mujer.

—¡Listo, listo, eres un chico muy listo! — cantó alegremente para sí pegando de brincos, hasta que el aliento le faltó. Entonces, tomó una larga bocanada de aire, sostuvo la hoja en alto para que la luz de la luna lo iluminara y, como un experto que observa diamantes, revisó meticulosamente el contrato. Su ceño, poco a poco, se fue frunciendo, se giró sobre sus pies y le propinó un golpe a la pared. Ahí donde debía estar mi firma, rezaba escrito “Bésame el culo, calvo”.

Me escabullí entre las sombras, el hombre intentó buscarme en todas direcciones, pero antes de que pudiera siquiera verme con el rabillo, pegué un salto, volé por los aires saturados de humo como un gato y le clavé la pluma en el ojo. Sentí la carne desgarrándose a medida que ejercía presión. Estaba dispuesto a matarlo, si era necesario. Pablo, tendido en el suelo y chillando, intentaba rasguñar mis manos y alejarme con desesperación. Me encontré con el terror cara a cara, escapaba de mí como un aliento. Es difícil admitirlo, puede que solo haya sido la emoción del momento, o quizá se me haya revelado una máscara oculta que no conocía, pero disfruté hacerle daño a ese hombre, lo disfruté en serio. El juego no acaba...hasta que el rey cae. Enterré el filo lo más que pude, hundiéndolo con movimientos circulares, hasta que aquello se volvió tan duro como una piedra y un cincel. La sangre brotó a chorros bajo sus párpados, acompañado de una materia rosada y viscosa que imaginé como su cerebro. Por supuesto, no era nada de eso. Me puse de pie dejando al hombre tendido y le di una patada en los cojones. Un alarido gutural inundó la habitación súbitamente. Corrí hacia la puerta, viendo tras de mí al hombre que sacaba a gritos esa punta metálica de su

destrozada córnea. Me fugué hacia la sala y me agaché entre las cenizas para recoger la sortija de mi padre, que brillaba dorada entre sus huesos. En el exterior, las luces de la patrulla giraban al ritmo de las sirenas. La puse en mi dedo y sentí un nudo en la garganta al recordar a mi madre. Me había traicionado. Todos estos años, no fui más que un peón al cual sacrificar.

Antes de que pudiera darme cuenta, una mano me cogió por el cuello y me elevó por los aires sin el menor esfuerzo. Pude ver la grieta ensangrentada que partía su ojo en dos, acobijada bajo una amoratada capa de piel.

—Desgraciado hijo de perra— dijo con el rostro empapado. Sacó de su saco, una pequeña grabadora negra. Sus dedos envolvían mi garganta casi por completo y, estrangulándome, me dijo en voz baja: Repite después de mí, o te asesinaré.

En ese momento, cuestioné cuál sería el destino que mi madre había planeado para mí:

—Yo, Rafael Mocanú, en completo uso de mis facultades mentales...

Pablo Lombard me obligó a cederle todas mis riquezas heredadas por mi padre utilizando mi voz como prueba. Cuando terminó, volvió a guardar la grabadora dentro de las finas telas de terciopelo y me dedicó una macabra sonrisa. Caminó con pasos lentos y pesados. Fue ahí cuando escuché los últimos sonidos de este mundo.

¡No lo hagas, por favor! ¡Rafael, detente! — gritó a todos los vientos, y así, aguantando la risa, me arrojó por la ventana.

Ese fue el fin de Rafael Mocanú. Mi muerte apareció en un pequeño espacio del periódico y rápidamente se olvidó: "Trágico

suicidio después de un incendio. Chico se lanza tras reconocer los restos de su madre. Desaparece dueño del teatro "Roseland Brooke". Meses después, el mundo entero hablaba de la reaparición del famoso Pablo Lombard en París, quien, al parecer, tras perder un ojo, había abandonado su vida de fama para contraer matrimonio con una bella dama con quien compartiría sus riquezas. Mi muerte estuvo envuelta en venganza y rencores ajenos a mí. Cuando un corazón transforma el amor que lo hizo latir, en odio, es capaz de acabar con todo a su alrededor. Mi final fue toda una novela, ¿eh? Pero ya ha sido suficiente. Tengo la garganta seca y te veo con ganas de hablar. Cuéntame, hombre, ¿cómo has muerto tú?

—Yo...pues —tomó un largo trago de cerveza dejando que todo callera al suelo. Sonrió levemente al recordar cómo había llamado a esa acción: aquello era el trago intangible. Río y miró directo a Rafael reconociendo sus facciones. Alzó los hombros pícaramente.

—¿Qué puedo decir? —preguntó — Es fácil que te coman las pirañas...cuando eres un pez gordo.



### 3.3 La playa del violín

*Paola Elizabeth Espinoza Oliva*

**Segundo lugar de posgrado, egresados, profesores y empleados en la categoría de cuento corto en el XXXI-II Concurso Nacional de Creación Literaria del Tecnológico de Monterrey.**

No espero nada de estas vacaciones. Lo único que prevalece en mí —en todo lo que puede llamarse ser, en todo lo que puede llamarse esencia— es una sensación de pérdida y de vacío. Es casi como si lentamente todo dejase de tener algún sentido o alguna tonalidad. Como si de un momento a otro todo se volviera insulso, todo se volviera insensible, incapaz de producir cualquier otra sensación en mí que no fuera la de... ¿vacío?

No sé a dónde ir y tampoco le tomo suficiente relevancia. Ya sea hacia adelante o hacia atrás, yo simplemente lo percibo como si desde los amaneceres hasta el reverberar de la luna llena sobre el mar no hubiese avanzado ni un solo metro.

Durante la travesía, me detuve en un restaurante costeño para cenar. Aún no puedo delimitar si fue deliberadamente o inconsciente, solo sé que por alguna razón pregunté a una de las camareras:

—¿Conoce alguna playa con buenas vistas?

—Si quiere, puede ir a la playa del violín. Así dígame al taxista— dijo la mujer desinteresadamente.

Tomando las indicaciones de aquella mujer, a la mañana siguiente cerca de las 11:30 am, llamé a uno de los taxis y, repitiendo las palabras de la mujer, me aventuré a aquel destino.

El trayecto fue callado y hostil, en todo el camino apenas y cruzamos miradas. No pasaron más de 30 minutos antes de que el conductor se detuviera en medio de una carretera repleta de los árboles secos, pero a la vez ricos en agua dentro de sus troncos que las costas de Oaxaca suele poseer.

—Solo baje por el cerro y encontrará la playa— dijo el hombre sin más indicación que esa— dijo en un tono seco.

El camino empinado, rocoso e inestable, amenazaba irremediablemente con una caída, que probablemente no sobrepasaría de una torcedura de tobillo. Sin embargo, eso no favorecía en lo absoluto la mala condición que tenía y el exiguo equilibrio con el que contaba. A pesar de todo, logré llegar hasta la playa siguiendo ese sendero por el cual, había comenzado a bajar. Encontrándome con una vista única.

Lo primero que encontraron mis pupilas fue la mezcla de tonalidades de una arena que albergaba los trozos de miles de rocas pulverizadas, acto de las imponentes olas turquesas y los afilados peñascos que, alrededor de ella, formaban una pequeña playa; la playa del violín.

Era una de aquellas veces en las que el raciocinio pierde lugar ante la impresión y la impulsividad. Una de esas veces en las que sin pensarlo me adentré en esas aguas que pocos mortales son merecedores de admirar. Esas aguas transparentes que dejan ver los tesoros de belleza inhumana que esconden, esa sublime belleza de los corales y algas que los envuelven, acompañados de un millar de coloridos y variados peces.

Aquella belleza hipnótica me obligó a inhibirme ante la gran ola que hacia mí se acercaba implacable y amenazadora. Ola a la cual no reaccioné hasta que terminó por empujarme nuevamente a la orilla de la playa. En ese preciso instante, logré oírlo: el sonido sutil de un violín. Silencioso pero lúcido.



Lo que podría haber clasificado basado en mi mediano conocimiento del instrumento en cuestión, como una nota en sol mayor, no era sino el sonido de las enfurecidas olas contra los siniestros peñascos los cuales tenían la apariencia de una bestia ennegrecida mostrando sus letales y despiadados colmillos, preparados para desgarrar cualquier indicio de carne o materia dentro de ellos, cualquier indicio de vida e, incluso, de muerte.

No fue hasta haber llegado a la orilla nuevamente, que me percaté de que no había una sola persona en la playa. Únicamente estaba yo y mis pensamientos, mismos que a veces sospecho son lo único que aún me mantenía a flote, al igual que un salvavidas, al igual que la ola brusca la cual me había regresado a tierra firme o lo más cercano a ella, ya que la arena no es precisamente firme.

Levantándome torpemente logre recorrer la reducida costa, viendo a lo lejos el faro que se alzaba en una torre blanca, como un gigante que cuidaba de las insignificantes embarcaciones a lo lejos. Al tiempo que me deleitaba con las melodías salidas del golpe del agua con las rocas.

Opté por sentarme en una roca para admirar el paraíso solitario en donde me encontraba, haciéndome la clase de preguntas que llegan cuando la mente está en un estado de trance. Quizás yo no fuera más que uno de los tantos barcos en el horizonte, frágiles y diminutos: un punto en la inmensidad del mar.

Estaba sumido en mis pensamientos cuando sentí una comezón incontrolable en la palma de mis manos. En un principio pensé que me había cortado con alguna roca después de mi caída, pero al mirarlas estas estaban llenas de escamas. Mi piel se desprendía en capas para después endurecerse y una sustancia viscosa remplazaba mi sudor.

La melodía fue distorsionándose, ahora solo podía oír un zumbido que taladraba mi cabeza y me llamaba directamente hacia el mar. Mis dedos se unieron por una especie de cartílago, un ardor indescriptible me invadió desde las vísceras hacia el exterior. Toqué mi garganta en un acto de desesperación ante la angustia de la asfixia que sufría, mis pulmones ya no eran capaces de recibir el oxígeno terrestre. Mientras que la marea aumentaba y las olas se arrojaban impetuosas hacia los peñascos para posteriormente ser destruidas en millones de partículas por ellos, lanzando rocas pulverizadas en todas las direcciones como balas. Mi asfixia aumentaba cada vez más, mi piel adquiría una tonalidad violácea, sabía que ya no tenía más opciones que la de saltar, todos mis sentidos me lo pedían, el mar mismo me lo decía, pero, ¿si saltaba, podría regresar?

—Esto simplemente no puede estar pasando— pensé. Estaba asustado e indeciso, no tenía idea de lo que estaba sucediendo. Ya para entonces mi vista era borrosa y mis manos habían dejado de sostener mi garganta. Con las pocas fuerzas que me quedaron logré reunir la suficiente energía para dar un paso al vacío y abalanzarme sobre el mar. Después, solo quedó la oscuridad.







## Sección 4. Juglares

### 4.1 De unos ojos

*Héctor Antonio Siller Fernández*

De unos ojos, de los tuyos.  
Donde uno se sienta a perder la vida  
para encontrarse en el alma tuya,  
vida mía.

Terco a un amor de pupilas.

En un silencio de dos cuerpos desnudos,  
cómo es que uno se deshace y se vuelve los ojos del otro,  
se unifica sin tocarse,  
respira un aliento, el de los dos.

En unos ojos, los tuyos.



## 4.2 Abrázame entre tus brazos

*Juan Pablo Durán Blanco*

Las camelias en el suelo te recuerdan,  
bajo aquel árbol que plantamos al conocernos.

Tu espalda se apoyaba en el tronco  
y yo me colocaba entre tus piernas y tus brazos.

Procurando no voltear a enamorarme de nuevo,  
porque entonces sonreías  
y no era tiempo para hacerlo,  
con una salida a la espera.

Otra vez...

Siéntame contigo bajo el rocío matinal  
y cúbreme con tu piel cálida,  
que el frío de las gotas rejuvenece tu ausencia.  
Tu cara está pálida, pero siento aún tus labios.

Revuelve mi cabello con el beso de tu boca,  
el resplandor del sol nos ilumina,  
para respaldar nuestra pasión,  
cuando me abrazas y confortas mis penas.



### 4.3 Laguna

*Karla Ferrusquía Cornejo*

Meces por la noche  
Deslumbras por la mañana  
Por el hombre has decaído  
Aunque niegas perecer

Asombras a ojos nuevos  
Decepcionas a los viejos  
Ya no eres sustento  
Pero existe salvamento

Sueño con tu grandeza  
Algún día volverá  
Descansa y sueña  
La suerte velará









# Créditos

Perea Rosas, Mónica Viridiana, compiladora. | Bustos Flores, Marcos Emilio, compilador

Asonante / Mónica Viridiana Perea Rosas | Marcos Emilio Bustos Flores (compiladores)

92 p.          cm.

LCSH: Short stories. | Poetry. | Haiku. | College students' writings, Mexican. | Short stories, Mexican--21st century. | Mexican poetry--21st century. | Electronic books. | Local: Cuentos. | Poesía. | Haiku. | Escritos de estudiantes universitarios mexicanos. | Poesía mexicana--Siglo XXI. | Cuentos mexicanos--Siglo XXI. | Libros electrónicos.

LCC PQ7236.C6

DDC861

Editorial Digital del Tecnológico de Monterrey

Gerardo Isaac Campos Flores. Director de Efectividad Institucional del Tecnológico de Monterrey

Alejandra González Barranco. Líder de Editorial Digital.

Elizabeth López Corolla. Coordinadora editorial.

Innovación y diseño para la enseñanza y el aprendizaje.

Noemí Villarreal Rodríguez. Coordinación de proyectos institucionales y empresariales.

Jesús Alejandro Rocha Gámez. Administración de proyecto.

María Isabel Zendejas Morales. Diseño Editorial.

Gustavo Arteaga Mondragón. Diseño Editorial.

# Aviso legal

Libro editado, diseñado, publicado y distribuido por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin previo y expreso consentimiento por escrito del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

Editorial: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey  
Ave. Eugenio Garza Sada 2501 Sur Col. Tecnológico C.P. 64849 | Monterrey,  
Nuevo León | México.

Asonante

ISBN Obra Independiente:

Primera edición: diciembre 2020.

Amazon Media EU S.à.r.l.

Luxemburgo, Luxemburgo

11 de diciembre de 2020

100 ejemplares

